

NOVELAS
DE
PUNTO
ROJO

PUNTO
ROJO

SANGRE EN MI DIARIO

PAPELERIA

G. Puerto

Tel. 1712 0750 BOSTON

Curtis Garland



COLLECCION
BRIGUERA

PUNTO
ROJO

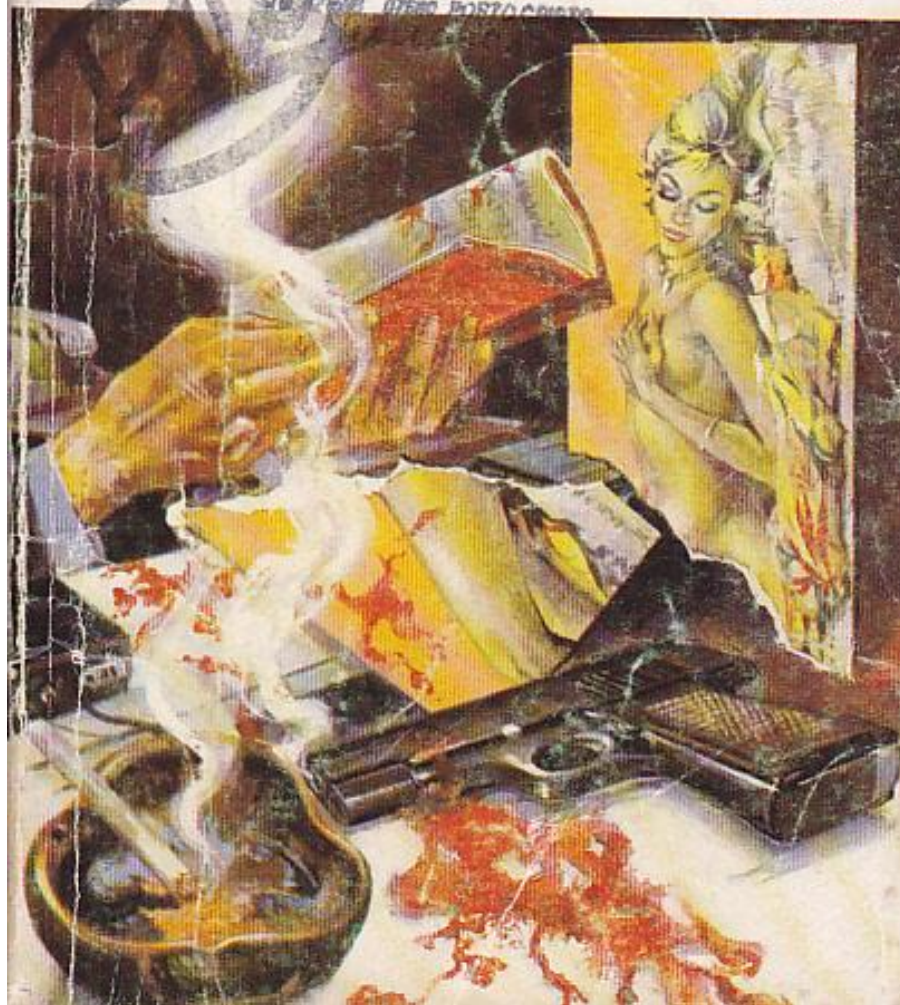
SANGRE EN MI DIARIO

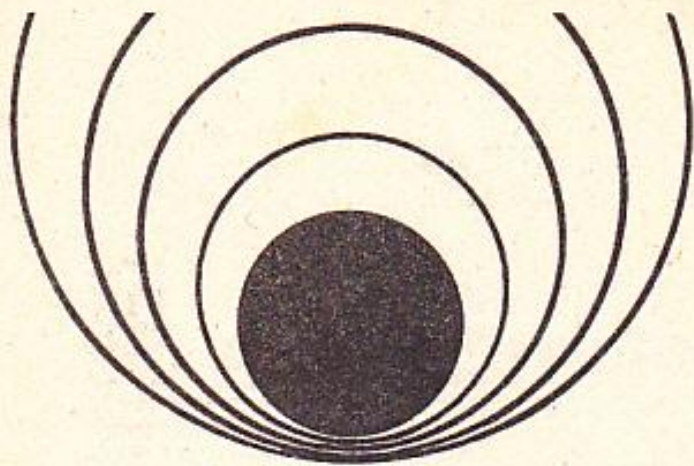
PAPELERIA

G. Puerto

Tel. 1232 0760 PORTO RICO

Curtis Garland





PUNTO ROJO





CURTIS GARLAND

SANGRE EN MI DIARIO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.056 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.663 — Gente de oro.

En Colección PUNTO ROJO:

1.051 — Miedo en las venas.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 19.033-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1. a

edición: julio, 1982

2. “

edición en América: enero, 1983

© Curtis Garland • 1982

texto

© Garda • 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.
A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta

novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

DEDICATORIA

A los grandes colegas que crearon y dieron categoría literaria de primera fila a la más clásica de la «novela negra» o *hard boiled novel*, según su definición típicamente anglosajona. A personas como James M. Cain, (*Doble indemnización*, *El cartero siempre llama dos veces*, etc.), Hemingway (*The Killers*, *Tener y no tener*), Raymond Chandler, Dashiell Hammett, Spillane... A todos los grandes maestros que un humilde autor de intrigas policíacas admiró a lo largo de su infancia y su juventud. En recuerdo de todos ellos y de su obra, una pequeña muestra sencilla de algo que, tal vez, pueda ser «novela negra»...

C. G.

PROLOGO

Kent Jeffords sintió el barreno candente del proyectil cuando atravesó su piel y desgarró su carne.

Se encogió, sintiendo una especie de convulsión repentina. Luego, una sensación extraña de calor en una parte del cuerpo, en su costado izquierdo. Pensó:

«Un poco más arriba, y estaría listo ya...»

Luego, incluso le costó pensar. El calor se hizo frío penetrante. Y dolor. Trastabilló, a punto de caer. Se apoyó en el muro. Otro disparo sonó en la calle. Una segunda bala silbó cerca de él, pero no le rozó.

Se llevó la mano al costado. La notó empapada de algo cálido y denso. Alzó luego esa mano. La contempló con torpeza. Estaba totalmente roja, brillaba el líquido espeso y carmesí en ella, goteando por uno de sus dedos.

—Dios... —jadeó—. Me dieron bien...

Tosió apagada, quedamente, para no hacer ruido. Se pegó a la pared de ladrillos, esperando inadvertido en las sombras de la calle. Pero

sabía que eso iba a ser difícil.

Estaba rodeado. Y aquella gente no era novata en estas cosas. Ningún policía lo es. Al menos había una docena de ellos en derredor, de paisano o de uniforme. Era un cerco completo.

—Jeffords! —gritó una voz lejana, por algún megáfono—. ¡Entrégate! ¡No tienes escapatoria, no seas tonto! ¡Acabaremos dándote caza! Y prefiero que salves la vida a que mueras como un perro, cosido a balazos.

—El capitán Craig, siempre tan compasivo... —gruñó sarcásticamente Jeffords, notando que el dolor, crecía en su herida del costado, y que la sangre no cesaba de manar.

Miró a uno y otro lado. Vio destellar las luces intermitentes de los coches patrulla. Al diablo con ellos, pensó amargamente. Los había por todas partes. Como si él fuera Dillin-ger, o cosa parecida.

Trató de moverse, de hacer algo. Se despegó de la zona de sombras. Fue un error.

Hubo otra seca detonación, y una bala desconchó un ladrillo junto a su rostro. Las esquirlas le salpicaron la mejilla, y notó que le arañaban. Una gota de sangre corrió por su cara, pero no le dolió. El dolor de la otra herida era mucho mayor. Lo suficiente para olvidar lo demás.

—Malditos... —refunfuñó, volviendo a la oscuridad rápidamente—. Donde ponen el ojo, ponen la bala...

—¡Por última vez, Jeffords! —interrumpió la voz del megáfono su soliloquio—. Si no te entregas vamos a ir sobre ti y te cazaremos como a un animal rabioso. Tienes diez segundos para entregarte. Si no, nada ni nadie va a salvar ya tu pellejo, maldito idiota.

Y comenzó a contar, monocorde, fría y despiadado:

—Uno... dos... tres...

Angustiado, Kent Jeffords miró en torno suyo otra vez, buscando con desespero una salida que no aparecía por parte alguna.

Miró a sus pies. Goteaba sangre de su herida, formando un oscuro charquito junto a su pie.

Y de repente, la vio.

Vio una salida. Una posibilidad. La voz seguía, machacona:

—...cuatro... cinco... seis...

Se inclinó, aun a riesgo de sentir aquel insufrible dolor taladrándole el cerebro. Era una sensación lacerante, intolerable. Pero la aguantó, mientras tocaba con sus dedos la tapa metálica de aquella alcantarilla.

No era mucho, pero era una posibilidad. Forcejeó con la tapa, empezando a desplazarla de su sitio, a costa de grandes esfuerzos y mayores pérdidas de sangre. Se mordió los labios con rabia para dominar el dolor y la sensación de debilidad. Era un hombre fuerte, siempre lo había sido. Incluso ahora, debilitado por la herida y la hemorragia, le fue posible apartar la tapa, cuando la voz del capitán Craig concluía por el megáfono:

—...siete... ocho... nueve... diez. —Y tras un silencio profundo, la voz del policía gritaba—: ¡Tú lo has querido, Jeffords! ¡Vamos, muchachos, a por él! ¡Cazadle vivo o muerto! ¡Si intenta escapar o se resiste, tirad a matar sin vacilaciones!

Empezaron a sonar pisadas recias en el asfalto. Los coches-patrulla rodaron en dirección a la estrecha calle, para bloquear sus accesos e iluminar con sus faros al fugitivo.

Jeffords había medio desplazado la tapa metálica. Había suficiente hueco en el redondo orificio del asfalto para penetrar por él. Lo hizo sin pérdida de tiempo, a costa de enormes punzadas lacerantes de su herida. Luego, una vez en su interior, aferrado con una mano a la escalerilla adosada al muro del acceso a la alcantarilla, corrió dificultosamente la tapa con la otra mano. Puso en ello toda su fuerza física, ahora bastante reducida. Y toda su enorme fuerza de voluntad por sobrevivir. O, cuando menos, por alargar aquella desesperada lucha contra lo insuperable.

Lo logró. La tapa sonó brusca, al encajar en el hueco circular. Se quedó en la sombra, jadeante. Sabía que no había logrado apenas nada. La policía descubriría muy pronto su punto de evasión. Pero lo que se trataba era de salir de aquella calle convertida en ratonera para él. Y ésta era una posibilidad.

Descendió por la escalerilla de peldaños de hierro incrustados en la húmeda pared, hasta alcanzar el fondo, por el que discurría un reguero de agua sucia y maloliente, salpicada por el chapoteo sordo y

sinistro de las ratas. No le importó hundir los pies en aquella corriente pestilente, ni tan siquiera pisotear a algún roedor, que chilló agudamente, escapando en la oscuridad. Alzó la cabeza. Sobre ella, retumbaba la calle con las carreras de los policías, sus voces, y el aullido de las sirenas de los coches-patrulla.

Una voz le llegó nítida:

—¡Ha desaparecido! [Debió subir por esa escalera de incendios que cae cerca del suelo!

¡Hay gotas de sangre al pie de ella!

Respiró con cierto alivio. Esa era una pequeña ventaja. Creían que había tomado el acceso a uno de los edificios de la calleja, no pensaban en el subsuelo, al menos por el momento. Eso quizá le proporcionase una mínima ventaja de cuatro o cinco minutos.

Suficiente, si la suerte le seguía acompañando, pensó Jeffords.

Y sujetándose con fuerza la herida, en la que había aplicado el tapón de su pañuelo al pisar el fondo del alcantarillado, corrió cuanto le era posible, cojeando ostensiblemente, a través de la oscuridad de la alcantarilla, en busca de una salida lejos de la callejuela cercada.

Corrió durante más de cinco minutos, hasta que se encontró ante otra escala de hierro

que ascendía hacia una salida de la alcantarilla. Se detuvo, jadeante. Escuchó. Algo metá-

lico sonaba allá atrás. Quizás estaban intentando asomar a la alcantarilla. Verían en seguida las manchas de sangre y ordenarían el bloqueo de toda la zona. Tenía que salir cuanto antes... o no saldría nunca.

Comenzó a subir, cada vez más débil y agotado. Alcanzó la tapa de otra salida del alcantarillado. Forcejeó contra ella con hombros y mano, rabiosamente. La tapa cedió sin demasiadas dificultades, aunque a costa de dolores casi intolerables.

Asomó cautelosamente la cabeza. El corazón le dio un vuelco. Las luces parpadeantes de los coches policiales eran visibles allá al fondo, a cosa de dos manzanas de su punto de salida. Con un esfuerzo más, salió fuera de la alcantarilla. No perdió el tiempo en tapparla esta vez. No haría falta ya.

Se pegó al muro y corrió cuanto le era posible, evitando las zonas iluminadas por las farolas de alumbrado o por el reflejo de algún fluorescente que parpadeaba en la noche de la gran ciudad. Vio a una pareja haciéndose el amor en un coche aparcado. No intentó nada con ellos. No se sentía capaz de enfrentarse a dos personas.

Siguió adelante. Otro coche se detenía en esos momentos ante un bar de aspecto dudoso. No vaciló. Se acercó al vehículo. Un hombre con gabardina oscura salió del mismo, con las llaves en la mano, disponiéndose a penetrar en el establecimiento nocturno. Jeffords se situó a su espalda en ese momento. Alzó su zurda y la descargó contra la nuca del hombre.

Este cayó al suelo como fulminado. Jeffords sabía pegar, incluso estando tan débil como en estos momentos. Se inclinó, quitándole las llaves. Miró en torno. No había nadie a la vista, aunque pronto este lugar estaría infestado de policías. Se agachó, despojando de la gabardina al caído. Se la puso él, entró en el coche, y puso en marcha el motor.

Arrancó a toda velocidad, perdiéndose en la gran urbe.

Sólo tres o cuatro minutos más tarde, asomaban por el agujero de la alcantarilla varios policías, haciendo sonar sus silbatos. El hombre inconsciente en la acera se recuperaba con lentitud, y la puerta del local de dudosa apariencia, se abrió, para permitir asomar a varios tipos de aspecto gay y a un par de travestis exageradamente maquillados y peinados.

Para entonces, Kent Jeffords y el coche robado estaban muy lejos de allí. El capitán Craig, exasperado, comprendió que acababan de ser burlados por el fugitivo.

—¡Pronto, hay que remover esta ciudad de arriba abajo! —bramó—. ¡Ese hombre es un peligroso asesino, con varias muertes sobre su conciencia, y es preciso dar con él lo antes posible!

El hombre agredido pudo, más tarde, dar los datos de su automóvil. La policía de Nueva York se dedicó a buscar por todo Manhattan un automóvil marca Ford, color verde oscuro, cuyo número de matrícula facilitó su dueño, rogando que no diesen publicidad al hecho de que le habían robado su vehículo a la puerta de un bar de homosexuales. Craig le dijo ambiguamente que no prometía nada pero que intentaría ser discreto, dado que el hombre era casado y tenía un importante cargo ejecutivo en una gran empresa, y lanzó a sus sabuesos en busca

del automóvil robado, aunque sin mucha confianza en que esa pista les condujese hasta el evadido Jeffords.

Así fue.

El coche del agredido fue hallado abandonado en un punto de Broadway, donde otro individuo denunció que le habían robado su automóvil, marca Cadillac, color crema, a punta de pistola. Pero como esa descripción correspondía a un hombre con gabardina oscura, «que llevaba el arma en el bolsillo», el capitán Craig imaginó que sólo se trataba de un dedo o cualquier objeto inofensivo, bajo la tela de la gabardina robada al dueño del coche inicial. Porque sabía que el fugitivo no llevaba armas consigo.

Maldijo el tiempo perdido en buscar otro coche inútilmente, y lo dispuso todo para localizar el nuevo vehículo robado.

Pero sabía para entonces que se había perdido un tiempo precioso, y que posiblemente ahora, Kent Jeffords estuviera a salvo definitivamente... al menos por el momento.

—Busquen en todos los hospitales, centros médicos y clínicas — pidió a sus hombres—.

Hay que comprobar si un hombre herido de bala ha ido a alguno de esos lugares a ser curado. La sangre nos demuestra que Jeffords está herido... y bien herido.

La búsqueda se reanudó en ambos sentidos. Pero no encontraron indicación alguna de que el fugitivo hubiese recurrido a ayuda médica para su herida. El coche Cadillac color crema fue encontrado cerca de una boca de metro, por lo que era muy posible que Jeffords hubiera utilizado ese medio de transporte para dirigirse al lugar donde ahora pudiera estar escondido.

—Daré contigo aunque te escondas en el último confín del mundo, Kent Jeffords —

masculló el capitán Craig, rabiosamente, al comprender que había sido burlado—. No escaparás de mí, maldito asesino...

Kent Jeffords miró con ojos ensombrecidos a la muchacha inclinada sobre él.

—No puedes hacer esto —susurró—. Te conviertes en mi encubridora, Edna...

—Calla de una vez —le cortó ella—. Alguien tiene que hacerlo, ¿no?

—Sí, por supuesto. Pero mejor sería... un médico.

—¿Un médico? —ella le miró con reproche—. Haz eso, y en cinco minutos estarás rodeado de policías. Tu herida es de bala, eso lo ve cualquiera. Un médico te atendería, sí.

Pero avisando de inmediato a la policía. A estas horas, deben estar buscándote por toda la ciudad. Y tienen que saber que estás herido. Has perdido mucha sangre.

—Necesitaré una transfusión... Eso no puedes hacerlo tú, Edna.

—Claro que no —suspiró ella—. No tengo aquí medios suficientes para eso. Pero te he sacado la bala, y estoy cauterizando tu herida, antes de vendarla adecuadamente. Confío en que eso y el reposo, baste por el momento.

—¿Y si no basta? Podría morir, ¿no es cierto?

—Claro que puedes morir. Pero si vas a un médico o a un hospital. Ellos te cogerán en seguida. Eso significa la prisión por el momento. Luego, el proceso. Y finalmente, la silla eléctrica. En el Estado de Nueva York está en suspenso la pena capital, pero no se ha abolido totalmente. En tu caso, seguro que procederían a la ejecución.

—Sí, eso me temo —Jeffords inclinó la cabeza, abatido—. Estás ayudando a un criminal, Edna. A un peligroso asesino. ..

—No sé cómo pudiste llegar a eso, pero sé a quién estoy ayudando, Kent: a un hombre que una vez me ayudó con riesgo de sí mismo. Es algo que no he podido olvidar jamás.

—Edna, eso no te obliga a nada. No sigas con esto, por favor. Podría significar para ti la

prisión durante muchos años...

—No me importa. Correré el riesgo ahora, como tú lo corriste antes. El haber sido enfermera, quizá me haga sospechosa aunque tú callases y no mencionases jamás mi nombre como el de la persona que te ayudó.

—Eso desde luego. Si tú no lo confiesas o no te cogen con las manos en la masa, Edna, por mí jamás sabrán nada de ti.

—Lo sé —sonrió ella dulcemente, mirándole a los ojos, mientras

procedía, tras el lavado minucioso de la profunda herida del costado, a aplicarle antibióticos y cubrir el orificio de bala con un cuidadoso apósito—. Tengo fe en ti, Kent.

—Fe... en un asesino —meneó la cabeza Jeffords, lentamente— No sé si debes.

—Sé lo que quiero y lo que debo hacer. Ahora calla y descansa. Te daré una inyección tranquilizante para que duermas durante bastantes horas. Es la mejor forma de recuperación que tenemos entre manos. Volveré mañana para cuando despiertes, con alimentos líquidos, y examinaremos la herida de nuevo. No te muevas por nada del mundo. Piensa que sólo puedes recuperarte de la gran pérdida de sangre mediante el sueño, el reposo y la alimentación especial que yo te suministre. Es cuanto está en mi mano hacer. Si eso resulta y no se infecta la herida, habremos salvado lo peor.

—Ten mucho cuidado. Ellos puede que te vigilen si sospechan de nuestra amistad...

—Lo sé. Y estaré bien atenta a todo. No van a seguirme, si es lo que temes. Nadie sabrá dónde estás oculto; palabra, amigo mío —le puso una mano en la frente, y sonrió con ternura—. Tienes fiebre. Además de la inyección sedante, te aplicaré un antihistamínico.

Hasta mañana, Kent.

—Hasta mañana, Edna. Dios te bendiga por todo esto...

* * *

Lo peor ya había pasado. Pero no del todo.

Se sentía débil, fatigado, inseguro. Eran tres días completos de reposo, de alimentación especial, de cuidados de aquella muchacha en cuyas manos estaba totalmente.

Iba recuperándose. La herida no se infectaba. Y no había peligro de colapso por pérdida de sangre. Pero aún tendría que permanecer bastantes días en reposo, allí metido, mientras era buscado por toda la ciudad.

Echó una ojeada a los diarios que Edna le había llevado aquel día junto con todo cuanto la encargó: un libro de notas en forma de Diario, bolígrafos, una lámpara para poner junto a su litera, en la mesita inmediata.

Los titulares de esos diarios eran todos ellos semejantes entre sí:

«SIGUE SIN APARECER EL PELIGROSO ASESINO»

«EL CRIMINAL ANDA SUELTO, PERO LA POLICIA CONFIA EN DARLE CAZA EN BREVE»

«¿DONDE ESTA KENT JEFFORDS, EL ASESINO? MANHATTAN, BATIDO A FONDO POR LA POLICIA, EN BUSCA DEL PELIGROSO FUGITIVO»

—Basura... —jadeó—. Todo basura. Sólo les preocupa vender periódicos, malditos periodistas... Son como vampiros. Chupan sangre y tinta a la vez...

Los apartó de un manotazo casi violento.

Luego, contempló el libro de blancas hojas, aún por estrenar. Nunca había llevado un Diario de su vida. Y ahora pensaba que debió haberlo escrito antes. Había cosas en los últimos días de su existencia que valía la pena ser contadas. Eran cosas horribles y estremecedoras. Cosas que a él mismo le aterraban. Pero que alguna vez deberían conocer los demás. Para que, cuando menos, comprendieran por qué Kent Jeffords había sido un asesino.

Lo cierto es que aun, él mismo, no acababa de comprender su propia historia, su increíble transformación, de un hombre normal y pacífico, en un peligroso criminal, capaz de matar por odio, por rencor, por pasiones difíciles y encontradas que habían hecho de él un ser atormentado y violento.

Se puso a escribir.

Abrió el libro por su primera hoja, blanca y virginal. Empuñó el bolígrafo. Y comenzó a escribir, tras una breve indecisión:

«Hoy empiezo este Diario mío, manchado de sangre. De sangre de varios asesinatos cometidos a sangre fría.

No sé cómo pudo empezar todo. No sé cómo pude convertirme en un asesino. Pero lo cierto es que yo, Kent Jeffords, admito mi culpabilidad, y voy a tratar de explicarla en este Diario...»

EL DIARIO DE KENT JEFFORDS

CAPITULO PRIMERO

No sé cómo pudo empezar todo. No sé cómo pude convertirme en un asesino. Pero lo cierto es que yo, Kent Jeffords, admito mi culpabilidad, y voy a tratar de explicarla en este Diario...

Creo que es la mejor forma de empezar mi relato.

Un relato que empezó en un día muy diferente a éste de hoy, lluvioso y frío. Un relato que comenzó en el pasado verano, en esta ciudad de Nueva York, en plena ola de calor, cuando el asfalto se ablanda bajo los pies y el sol parece caer sobre las personas como un baño de fuego...

Fue entonces cuando todo comenzó para mí. Prometía ser algo incitante, prohibido y sensual, algo hermoso y obsceno a la vez. Como todo lo que no es lícito, pero que enerva los sentidos y estimula las pasiones más primarias del hombre, a la vez que despierta y provoca sutiles tentaciones.

Naturalmente, todo empezó por ahí. Por el motivo que puede causar todo eso en un hombre joven, fuerte, realmente atlético, que practica deportes y gusta del aire libre y del esfuerzo físico, para contrarrestar la rutina y el *stress* de un cargo ejecutivo.

Ese hombre soy yo, por supuesto. Y el motivo, la chispa que enciende el polvorín y provoca el estallido, sólo podía ser una cosa en este mundo: una mujer.

Una mujer hermosa, provocativa hasta la procacidad. Inteligente y sensual, voluptuosa y a la vez fría y distante.

Una mujer llamada Dona, Dona Sondergaard.

Una mujer que, además de ser todo eso, era algo más: mi jefe en el trabajo, la persona de quien dependía directamente.

Y, además de todo eso, la esposa de mi jefe superior, el que estaba por encima de todos nosotros, incluida ella y otro millar de empleados encerrados en un rascacielos de treinta plantas. Esposa, nada menos, de Osmond Sondergaard.

Osmond Sondergaard, uno de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad. Y del Estado. Y del país.

También uno de los hombres más duros, fríos e implacables que he conocido en toda mi vida. Posesivo, arrogante, enérgico y casi brutal a veces, con una dosis de crueldad en sus actos, capaz del ensañamiento con un adversario vencido hasta verle virtualmente triturado, aniquilado, reducido a la nada.

Ese era Osmond Sondergaard, el marido de Dona. El hombre a quien tenía que burlar si quería gozar de los favores de su esposa. Y ahí comenzó todo para mí.

Lo que era una aventura incitante, peligrosa incluso, pero apasionante y devastadora, de febriles características, iba a convertirse, no tardando mucho, en una pesadilla, en un auténtico sueño maligno para mí, del que el despertar sólo podía ser uno: el que ahora estoy a punto de conocer cuando comienzo a escribir, algo tardíamente, este Diario.

Ese despertar es la muerte.

* * *

—¿Qué está mirando, Jeffords?

—No, nada —me turbé, casi enrojeciendo al sentirme sorprendido *in fraganti*, como el niño que examina la alacena de casa antes de empinarse para atacar el tarro de mermelada a hurtadillas—. Lo siento, señora Sondergaard.

Ella no hizo comentario alguno, pero tampoco se bajó la falda un ápice, ni tan siquiera dejó de tener cruzadas sus piernas, bajo la mesa de tablero de grueso vidrio color humo, sostenida por tubo cromado encima de la moqueta gris perla de su suntuoso despacho cercado de enormes y altas vidrieras asomadas a la calle, que parecían dejar el recinto a la intemperie, visible a todo el mundo, ya fuesen las oficinas de enfrente, los limpiadores de ventanas o el piloto de cualquier helicóptero que cruzara sobre Manhattan.

Yo sabía, sin embargo, que no era así. Los ventanales de todo el Edificio Sondergaard eran de esos que, desde dentro, son absolutamente transparentes, y desde fuera se ven negros y opacos, devolviendo los centelleos del sol o los reflejos luminosos de los policromados anuncios nocturnos de la gran urbe.

—Está bien —dijo al fin ella, dando por zanjado en apariencia el hecho de que me hubiera sorprendido mirando críticamente sus hermosas pantorrillas y sus incitantes muslos, incluso hasta el fin de

sus medias de suave brillo cristalino—. ¿Qué le parece, por fin, el asunto Carleton?

Me costó olvidarme de aquellas piernas de mujer y volver mi mente a Thomas Carleton y su oferta de publicidad simultánea para los seis canales privados de televisión en que transmitíamos por cable a casa de nuestros abonados, desde los Estudios de la AW-TV

2000, propiedad del magnate Sondergaard.

—No parece mala —opiné—. La gente no quiere publicidad en sus canales privados.

Pero anunciar ciertas cosas, siempre resulta grato para el cliente. Estoy seguro de que esos *spots* cómicos y con un cierto tinte erótico, con un modelo masculino tan atractivo y una muchacha tan sexy, gustará por igual a las mujeres y a los hombres. Además, no roza ni siquiera de lejos la menor nota de mal gusto.

—Es posible que tenga razón. Sin embargo, había pensado que podríamos emitir esos anuncios solamente en los programas para adultos del Canal 5.

—Es buena idea. En ese Canal, después de todo, también se ha emitido alguna publicidad anteriormente, aunque siempre relacionada con temas muy adultos —sonreí—

, Pero en todos esos casos, los clientes fueron indemnizados por la empresa con un importante descuento en sus cuotas.

—Medida que no resultó rentable en absoluto —me hizo notar ella, pensativa, golpeándose el labio inferior, muy carnoso y brillante, con la extremidad de su pluma estilográfica de oro, de un modo que tenía cierto aire sutilmente voluptuoso, sin saber la razón—. De ahí mis dudas, Jeffords. Esperaba una solución por su parte.

—No es sencilla. Si les damos publicidad por canal privado, pondrán el grito en el cielo y hasta es posible que muchos se den de baja, considerándolo una estafa o un abuso. Los contratos especifican claramente que no habrá publicidad alguna en nuestros programas

por cable, ni siquiera en el Canal de adultos.

—Lo sé, lo sé, Jeffords —admitió ella, pensativa—, Pero perder una oferta de dos millones de dólares, sería suicida en estos tiempos.

—¿Suicida? No creo que el señor Sondergaard necesite ese dinero para sobrevivir... —

me detuve a tiempo, al captar cómo enarcaba ella las cejas—. Lo siento. No debí decirlo.

Olvidé que era algo más que el jefe.

—Olvidó que era mi esposo, ¿no es cierto, Jeffords? —sonrió ella, burlona.

—Sí, señora Sondergaard. Lamento de veras el comentario. .

—No se preocupe —rió entre dientes, y luego hizo un mohín con sus gordezuelos labios, que me resultó altamente excitante. Pensé que debía ser por el calor de aquel bochornoso y húmedo día en la jungla de asfalto—. Yo también olvido a veces que tengo un marido. Pero sigamos hablando de la oferta Carleton. ¿Alguna idea?

—Sólo una —suspiré—. Reduzca el descuento al cincuenta por ciento del anterior. Y

regatee un poco con Thomas Carleton, hasta obtener dos millones y medio por ese contrato. Compense esos minutos publicitarios con un «corto» de excelente calidad, como obsequio adicional al telespectador, y quizá resulte satisfactorio para todos.

Ella me miró con cierto asombro. No sabía si iba a llamarme idiota, despidiéndome con cajas destempladas de su despacho, o iba a proclamar que yo era un genio de los negocios de televisión.

No hizo una cosa ni otra. Dona Sondergaard se limitó a ponerse en pie, sin haber despegado aún sus rojos y deliciosos labios, fue a un mueble-bar y lo abrió. Entonces me dirigió unas pocas palabras, sin mirarme:

—¿Qué le apetece tomar? ¿Whisky, brandy, algo fresco, como cerveza o un gin-tonic?

—¿Ahora? —parpadeé, sorprendido, conociendo su severidad en cuestiones de trabajo—. Nunca bebo durante el tiempo laboral, y usted lo sabe. Es más, la casa lo exige.

Lo único tolerado son las bebidas refrescantes. Y no me gustan.

—La casa es Osmond Sondergaard. Y Osmond Sondergaard es mi

marido —rió ella, irónica—. Por una vez, déjeme tener más autoridad que él. Le autorizo a tomar algo, excepcionalmente. Quiero que celebremos con un trago su excelente idea.

—¿De veras le he gustado? —me sorprendí.

—Me ha entusiasmado. Sé que puedo sacar ese medio millón más a Carleton, si le aprieto un poco los tornillos. Es un hombre muy fácil de convencer... sobre todo si habla con una mujer.

—Y especialmente, si esa mujer es hermosa y tiene clase —añadí yo, sonriente.

—Muy amable —se volvió, mirándome por encima del hombro con sus ojos centelleantes y risueños, de un indefinible color ámbar que el sol convertía en dos lagos dorados—. Como le decía, todo eso unido será del gusto de todos: de Carleton, de la empresa AW-TV 2000, y del cliente. Le felicito por su sugerencia, Jeffords. Estaba segura de que se le ocurriría algo lógico y beneficioso para todos. Bien merece eso un trago.

Insisto: ¿qué va a tomar?

—Bien, si usted lo dice... —me encogí de hombros—. Que sea whisky con soda, por favor.

—Sin favor. ¿Bourbon o scotch?

—Scotch, por favor. Tengo antepasados escoceses.

—Debí imaginarlo —sonrió, al servirme—. Obstinado, emprendedor, sagaz... Son virtudes de su país de origen, Jeffords.

—Ahora es usted la amable, señora Sondergaard —la miré a través del vaso, al alzarlo para beber—. A su salud.

—A la de todos —suspiró ella, tomando un sorbo de su menta con hielo.

Dejó el vaso luego sobre la mesa. Se sentó de nuevo y, maldita sea, volvió a cruzarse de piernas. Esta vez aún pude ver más arriba. Incluso capté el tono anaranjado oscuro de un breve slip. Desvié con rapidez la mirada, pero ella era muy astuta. Me había sorprendido de nuevo. Sonrió, mirándome con fijeza.

—Puede llamarme Dona, simplemente —dijo de modo inesperado, con

una voz ronca, algo susurrante, que me produjo un escalofrío en mi espina dorsal—. Al menos, cuando estemos solos, sin ningún otro empleado delante, por si prefiere mantener las normas de la casa ante los demás.

—No sé si debo...

—Por favor, no diga eso. Insisto en que puede llamarme Dona. Yo le llamaré a usted simplemente Kent, ¿le parece bien?

—Me parece demasiado, para venir de usted. Su esposo podría...

—Mi esposo no se mete en mis decisiones —cortó ella, algo fría—. Olvídese de él. Es el jefe de todos nosotros dentro de este techo, pero nada más.

—Es su esposo, también. Tal vez no le gusten las confianzas. Tengo entendido que es celoso. Cosa muy natural, teniendo una esposa como usted...

—No se crea todo lo que dicen de la gente —dijo ella con voz extraña, cortante y dura, muy de acuerdo con el destello que capté en el fondo de sus pupilas ambarinas—. Yo podría darle otra versión muy diferente. ¿Quiere acercarse un momento, Kent?

—Claro —asentí, sin tener idea de cómo podía terminar aquella extraña entrevista entre mi superior y yo.

Me incorporé, yendo hasta ella. Me detuve delante de su mesa. Ella me miraba sin pestañear. Vi su lengua deslizarse lentamente sobre los labios, de un modo mecánico tal vez, pero que me provocó un estremecimiento de inquietud.

—No, ahí no —negó—. Más cerca, por favor.

Rodeé la mesa empezando a sentirme incómodo. Sentí su perfume, sutil y a la vez profundo, hiriendo dulcemente mi olfato. Su cabello rojo oscuro, en cascada, brillaba como hilos de cobre bajo el sol matinal veraniego que se desplomaba sobre Manhattan como una lluvia ardiente. Ni el aire acondicionado del recinto pudo evitar en mí que ese reflejo pareciera quemarme.

Ella alargó su mano de modo inesperado. Casi pegué un respingo. Estaba oprimiendo con sus dedos de uñas esmaltadas de color nácar mi rodilla. Subió hasta acariciar mi muslo. Su mirada ahora era turbia. Las aguas ambarinas de los dos lagos brillantes se habían tornado

opacas. Noté que su labio gordezuelo temblaba.

—Bésame, Kent —me pidió de modo inesperado, clavando sus uñas en mi carne a

través del pantalón de liviano tejido veraniego—. Bésame.

Me incliné. No era difícil cumplir una orden así, aunque estaba aturdido y, habitualmente, me gusta ser yo quien lleve la iniciativa en esas cosas. Pero con una mujer como aquélla, valía la pena alterar las costumbres.

La besé, naturalmente. En los labios, que me resultaron húmedos y palpitantes, succionándome como una ventosa en un largo contacto que me hizo temblar hasta los huesos. Su mano me hacía daño, sus dedos se hincaban en mi pierna...

No sé si ella me atrajo hacia sí o yo la atraje a ella hacia mí. Todo resulta muy confuso de recordar ahora. Lo único cierto es que, de repente, me encontré aferrando con mis manos sus hermosos senos, y que ella temblaba, pegada a mi cuerpo.

Perdí la noción de todo. Ella ardía, y yo era también una brasa. En esas circunstancias, sólo puede ocurrir una cosa entre hombre y mujer.

Y ocurrió.

CAPITULO II

Siguieron unas semanas inolvidables para mí.

Ella parecía insaciable. Y eso a mí me gustaba. Era como sentirme sumergido en una vorágine de pasión, de deseos infinitos, en la que ambos nos dejábamos llevar hasta el pa-roxismo del placer mutuo.

Después, en público, en el Departamento de Contratación de la empresa, todo era aparentemente normal entre nosotros. El trato frío y correcto entre un empleado y su jefe, la rutina del trabajo cotidiano, presidía nuestras relaciones ante los demás empleados de la casa y, por supuesto, ante el todopoderoso y magnificante Osmond Sondergaard, el magnate de la emisora privada de televisión por cable más famosa de toda la costa atlántica.

Osmond Sondergaard era un tipo fácil de describir. Una rara mezcla de Orson Welles y Charles Laughton, pongamos por caso. Figura grande, adiposa y pesada, rostro ancho, grande y fofo, grandes labios sensuales, algo caldo el inferior, bajo una nariz más halconada y ganchuda que la de cualquiera de esos dos actores, ojos pequeños, helados y penetrantes, bajo unas cejas demasiado pobladas. Pelo ralo, muy oscuro, y largas patillas bien recortadas. Todo eso, envuelto en costosos trajes a medida, habitualmente de color negro o gris oscuro, corbata con un valioso diamante por adorno de su sujetador de oro, y carísimas camisas de seda con sus iniciales bordadas a mano.

Ese era el marido de Dona. Pensar solamente que su obesa y desagradable humanidad pudiera compartir el lecho con su hermosa y sensual mujer, me producía náuseas y una extraña ira que me hubiera hecho capaz de cualquier cosa. Pero aquel hombre era su marido, un marido posesivo, autoritario, casi tiránico, capaz de cualquier cosa si ella pretendía burlarle, de eso estaba yo bien seguro. Sentía por él tanto odio como miedo, ésa es la verdad.

Si llegaba a descubrir nuestra relación íntima alguna vez...

Me dio escalofríos pensarlo. Sus enormes manazas, de gordo, grasientos dedos cortos y vello oscuro sobre el dorso, parecían adecuadas para estrangular a cualquiera o para tri-turarlo fácilmente entre ellas. Osmond Sondergaard no debía de pesar menos de doscientas ochenta libras. Una mole capaz de masacrar a un enemigo a quien aborreciese. Rogué mentalmente al cielo no ser yo nunca ese enemigo.

Pero el gran patrón no parecía darse cuenta de nada. Nuestro tempestuoso idilio continuaba. Intima, clandestinamente, Dona y yo nos encontrábamos casi a diario, y nuestros cuerpos enfebrecidos estallaban en una auténtica orgía sensual que terminaba por dejarnos exhaustos a ambos. Comprendí que estaba loco por ella, que me había sorbido el seso hasta límites increíbles. Y que, del mismo modo que yo gozaba con su esplendoroso cuerpo de mujer, exultante de formas y de voluptuosidad, ella sentía un placer indescriptible en sentirse dueña de mi cuerpo joven, musculoso y fuerte, cuya virilidad tanto la encendía de deseos lúbricos.

Me sentía inmerso en ese dulce abismo de pasión y no deseaba por nada del mundo emerger de él. Nunca había conocido una mujer como Dona. Ni creía que pudiera llegar a conocerla jamás. Estaba ciego, ebrio por ella. Y era una clase de embriaguez que nunca

terminaba de ser saciada por mucho que libase en la fuente de sus placeres.

Sin embargo, estaba muy cerca el momento terrible en que todo eso iba a verse bruscamente alterado por un hecho terrible, que darla un tinte de tragedia y de muerte a nuestras vidas, a nuestra pasión mutua, a nuestro ardiente romance oculto.

Fue aquella noche del mismo verano, creo que sólo tres semanas después de haber probado el fruto prohibido de su amor por primera vez. El calor bochornoso de días anteriores había terminado por romper en una repentina tormenta que descargaba su aparato eléctrico sobre Manhattan, acompañando a un súbito aguacero, cuyo fresco azote sobre el asfalto candente hasta entonces, no dejaba de ser un alivio para los sufridos neoyorquinos que, como yo, no podíamos disfrutar de otras vacaciones que un breve fin de semana fuera de la jungla de cemento y acero.

Precisamente había comenzado a llover en viernes, y las oficinas de la AW-TV 2000

estaban cerrándose paulatinamente, para darnos el merecido descanso del *weekend* a partir de aquella tarde que ya declinaba, entre sombras, mientras la cortina de lluvia batía con fuerza las grandes vidrieras, y el centelleo de los relámpagos surcaba el negro cielo sobre Nueva York, con un zigzaguo cárdeno y cegador, al que invariablemente acompañaba el retumbar del trueno, tamborileando por entre los altos edificios de Broadway con sordos rebotes.

Miré mi reloj. Eran solamente las cinco menos diez de la tarde, y ya parecía anochecer, tal era la oscuridad de aquella tarde de viernes. Dentro de diez minutos tan sólo, empezaría el *weekend*. No me sentí particularmente feliz por ello. A fin de cuentas, no podría disfrutarlo con Dona sino que, por el contrario, debería esperar al lunes, devorado por la impaciencia y los celos, sabiendo que su espléndido cuerpo era de otro hombre. Iba a pasar aquel fin de semana en Albany, con su marido.

Dominé como pude mi malhumor. Me estremecí al oír su voz, despidiéndose de varios empleados que se dirigían ya a la salida, para regresar el lunes. No quise recordar que era aquella misma voz, cálida y algo ronca, la que musitaba en mis oídos apasionadas frases de amor cuando era totalmente mía. Me enjuagué el sudor de la frente. Era frío y pegajoso. Se deslizaba por mi piel como los regueros de lluvia en los ventanales. Sentí más odio que nunca hacia Osmond Sondergaard, el hombre que gozaría de sus encantos durante tantos días, durante tantas horas.

Cuando sonó la señal de las cinco de la tarde, lancé un resoplido y me dirigí a la puerta de cristal escarchado de su despacho, donde aparecía el nombre de ella en letras doradas, sobre su cargo de Directora de Contratación.

Golpeé suavemente con los nudillos y, sin esperar respuesta, como hacía siempre, abrí y me asomé. Ella estaba sentada tras su mesa, escribiendo algo, con sus graciosas y modernas gafas de montura de fantasía cabalgando sobre su breve nariz. Me miró. Yo vislumbré sus piernas cruzadas, bajo la mesa. Sentí un calambre. Así había empezado todo. Sus piernas...

Durante este fin de semana, podría contemplarlas otro hombre, no yo. Traté de dominarme, pero mi voz salió ronca, insegura:

—Me voy, señora Sondergaard. Buenas tardes.

Ella me sonrió, quitándose sus gafas.

—Buenas tardes, Kent —se despidió—. Que pase una buena tarde.

Volví a estremecerme. Era cruel por su parte. Había utilizado la frase que nos servía de clave entre ambos para citarnos en cierto lugar: «Que pase una buena tarde».

—Usted sabe que no será así —no pude evitar replicarle con acritud.

—Insisto, Kent —su sonrisa se amplió. En sus ojos ambarinos hubo un destello de malicia, y humedeció sensualmente sus labios carnosos con la punta de su lengüecita —.

Que pase una buena tarde. Yo he cambiado mis planes. Ya no voy a Albany con mi esposo.

Han surgido imprevistos.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. La miré, incrédulo. Ella asintió, sonriente, volviendo a ponerse sus gafas.

—Creo que tendré trabajo hasta casi las siete —dijo con aire rutinario—. Que pase una buena tarde...

Era una cita clara: las siete. En el lugar de costumbre. Nadie, al oírlo, hubiese imaginado nada especial. Iba a responderle algo, con voz gozosa, cuando me contuve. Oí pisadas tras de mí. Había alguien a mi espalda. Me volví, tratando de mantenerme sereno, controlando mi compostura.

Se trataba de Spencer McKenna, el gerente de la empresa. Un hombre de algo más de treinta años, canas prematuras, pelo ondulado y áspero, rostro curtido y viril, de rasgos acentuados, ojos pardos y sonrisa fácil.

No venía solo. Le acompañaba una persona que me resultaba particularmente desagradable, pero con la que tenía que compartir el trabajo habitualmente: Random Lee, encargado de compras de la empresa. De él dependían los *stocks* de telefilmes y de programas grabados en videotape, para nuestros programas por cable habituales. Era de estatura más bien reducida, flaco y de mirada huidiza, nariz afilada, boca de labios tan delgados que parecían formar una línea estrecha en su cara ratonil, y pelo rojizo, erizado, cortado siempre a cepillo, como los jóvenes americanos de los años cincuenta. Me saludó con su sonrisa falta de sinceridad, mientras McKenna se limitaba a un gesto con la cabeza.

—Queremos consultarle algo sobre los nuevos programas del Canal 3, señora Sondergaard —dijo McKenna, al asomar al despacho, junto a mí—. El señor Lee ha recibido una oferta de California que creo interesante para cubrir las horas de programación de la noche de los sábados y quisiera saber lo que piensa usted.

—Está bien, pueden pasar —asintió ella, con su aire indiferente y profesional de siempre, mientras yo me apartaba discretamente,

balbuceando una frase rutinaria de despedida hasta el lunes, alejándome de allí convertido en un hombre nuevo. Este iba a ser mi mejor fin de semana en mucho tiempo, pensé. Un *weekend* a solas con Dona...

Demasiada felicidad para ser posible. Pero era así.

Estaba muy lejos de imaginar cómo terminaría tan dichoso período de tiempo junto a la mujer que me tenía trastornado y enloquecido. Tal vez de haberlo sabido entonces, hubiera abandonado para siempre el rascacielos de la empresa, sin volver un solo instante la vista atrás.

Aunque pensándolo fríamente, estaba demasiado prisionero del dulce dogal de unos sedosos brazos de mujer, y aun sabiendo lo que me esperaba, hubiese obrado exactamente igual que entonces lo hice.

Cuando pisé la acera, ante el edificio ya casi totalmente en sombras —solamente en la última planta, la de transmisión de programas, permanecían las luces durante toda la

noche, y el personal trabajaba en los estudios o en los telecines y videos, dando al cliente lo que éste contrataba —la lluvia azotó mi rostro. Caía a torrentes, convirtiendo las calles en regueros tumultuosos junto a las aceras. Pero para mí, en esos momentos resplandecía el sol.

* * *

Nos separamos, mirándonos a los ojos. La tenue luz dorada de la lámpara producía sombras en las curvas desnudas de Dona. Acaricié aquellas formas suave, dulcemente, mientras ella gemía, con los ojos entornados.

—Amor... —susurré.

—¿Sí, mi vida? —jadeó ella, estremecidos sus senos magníficos, expuestos ante mí en todo su esplendor.

—Aún no te he preguntado siquiera qué sucedió, por qué no fuiste a Albany con... con él.

—Oh, eso no tiene importancia —se encogió de hombros, besándome repetida y suavemente mi cuello, mis hombros, mi torso—. A última hora decidió ir solo, porque tenía que realizar una serie de gestiones y no podría dedicarme su tiempo a mí.

—Estúpido gordinflón... —me irrité—. No sabe lo que tiene a su lado, no se merece a una mujer como tú...

—Lo sé. Dejémoslo, cariño. Es mejor así para ambos, ¿no crees? Que se vaya solo a Albany, que se pudra allí, si quiere. Cada vez siento más asco de ser su esposa, de acos-tarme con él, de tener que ser suya... aunque por fortuna, eso sucede tan pocas veces ya...

—¿De veras? —sentí más odio que nunca hacia aquella bestia humana que poseía una hembra semejante y la despreciaba—. ¿Supones que puede tener alguna amante?

—No lo sé. Es posible. Tampoco me importa. Está poco tiempo en casa, se porta de un modo frío y distante. Pero por otro lado, es posesivo, celoso de lo que le pertenece. Si supiera esto, cariño... sería capaz de matarnos a los dos.

—Lo sé, Dona, lo sé —admití, dominando mi ira gracias al roce de su piel desnuda con la mía, al nuevo contacto que se iniciaba entre ambos, en una de aquellas noches de infatigable lucha amorosa en aquel apartamento alquilado para nuestros encuentros—.

Mi amada criatura... Te deseo.

—Y yo a ti, amor —me susurró — . Eso es lo que importa...

Volvimos a rodar, estrechamente enlazados, por la cama revuelta, entre sábanas que olían a calor y a piel de mujer.

Súbitamente, los fognazos. Uno, dos, tres... Todos seguidos.

Giramos la cabeza, aterrados, sin poder creer lo que temíamos. Hubo otro «clic» de la cámara fotográfica, con un nuevo destello del flash electrónico.

—¡Dios, no! —gimió ella, cubriéndose el rostro tardíamente con la sábana, a costa de dejar desnudo el resto de su hermoso cuerpo.

—¿Qué significa...? —comencé a rugir, exasperado, saltando desnudo del lecho, para enfrentarme al hombre que estaba fotografiándonos a placer desde la puerta de la

habitación.

Me quedé helado al reconocer el rostro duro y sonriente que aparecía detrás de la cámara fotográfica que impresionaba, foto a foto, la

situación más comprometedora y clara en que podían ser sorprendidos dos amantes.

—Buenas noches, parejita —saludó él con frío cinismo, soltando una carcajada—,

¿Sorprendidos?

Era Spencer McKenna, el gerente de 1a AW-TV 2000.

Contemplé durante unos segundos, sin dar crédito a lo que veía, el rostro rudo de aquel hombre, su cabello áspero y tempranamente blanco, el brillo malicioso de sus ojos pardos. Estaba tirando fotografías sin parar, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

—Maldito bastardo, ¿cómo entró aquí? —farfullé, cubriéndome de mi ridícula desnudez con un trozo de colcha dificultosamente.

—Por la puerta —se mofó él—. No es difícil cuando se tiene una llave maestra para casos así, amigo Jeffords.

—¡Yo no soy su amigo! —protesté—. Y va a darme esa cámara de inmediato y a salir de aquí, antes de que le rompa la cara, hijo de perra.

—Usted no hará eso, Jeffords —rió McKenna, dueño de sí—. Tengo un arma de fuego y la utilizaré si me ataca. De modo que es mejor que permanezca donde está. Al señor Sondergaard va a gustarle mucho esta colección de fotografías, señora, ¿no le parece?

—No estará pensando en... —comenzó ella, muy pálida, mirándole con gesto de vivo terror.

—¿En mostrárselas a él? —afirmó despacio—. Lo siento. Claro que lo haré. No es culpa mía que ustedes dos pasen las noches alegremente de este modo, engañando a Osmond Sondergaard.

—Usted sabía esto de antemano —le acusé fríamente.

—Por supuesto que lo sabía. Decidí sorprenderles en plena acción.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere? ¿Dinero? —era ella quien preguntaba, con su frío sentido comercial.

—¿Dinero dice? —McKenna soltó una carcajada—. Oh, no, señora. Gano un buen sueldo en su empresa. No me falte nada. No soy un

vulgar chantajista, si es eso lo que pensó.

—Entonces, ¿qué se propone? —le espeté, airado—, ¿Por qué hace todo esto?

—Por Osmond, simplemente.

—Temo no entenderle...

—Está bien claro —sonrió con perversidad—, Osmond es homosexual. Yo soy su amigo.

Me quedé helado. Y creo que Dona también. La miré de reojo, descubriendo el estupor en su rostro. Volví a contemplar a McKenna, que parecía no inmutarse por haber hecho aquella pasmosa confesión. Muchas cosas que no estaban anteriormente claras para mí, empezaron a tomar cierta forma.

—Cielos, de modo que era eso... —murmuré, anonadado—. El y usted...

—Por eso he llegado a gerente de la casa en poco tiempo —asintió—, Osmond siempre me ha protegido afectuosamente. Le debo mucho. Y quiero pagar mi deuda con él.

—¿Mostrándole esas fotografías? —mascullé—. No puede hacer una cosa así.

—Vaya si lo haré. Nadie puede impedirlo, Jeffords. Usted será despedido. Y él se separará de la señora Sondergaard sin darle un solo dólar de indemnización, con estas pruebas de su adulterio. Osmond solamente será para mí. Una relación muy productiva para una persona ambiciosa e inteligente como yo... —terminó, sarcástico.

—Me da usted náuseas, McKenna.

—Y ustedes dos me dan pena —rió burlón, paseando por la estancia como si fuese amo y señor de nuestras vidas, lleno de seguridad en sí mismo—. Sí, mucha pena. Ambos han sido muy torpes, muy ingenuos, pensando que engañarían a alguien. Yo les espiaba, les vigilaba, me daba cuenta de todo e iba preparando mi plan... Pobres diablos, van a pasarlo bastante mal después de esto...

Airada, llena de una furia que parecía difícilmente dominada, Dona saltó del lecho sin importarle la desnudez de su glorioso cuerpo, y se empezó a vestir con rapidez. La mirada de McKenna a sus formas fue

totalmente indiferente, la propina de un hombre con gustos muy diferentes. Le hubiera estrangulado sólo por mirar de ese modo a la mujer de mis sueños.

Ella, sin embargo, parecía más calmada por momentos. La vi sacar de su bolso la caja del maquillaje y la barra de labios. La ayudé a vestirse, poniéndome los pantalones y mirando con odio a McKenna, que no dejaba de estudiarnos burlonamente, como lo haría un entomólogo con un par de insectos.

Tras retocar ligeramente su maquillaje, guardó de nuevo sus cosméticos en el amplio bolso, y antes de cerrar éste, se acercó a mí, pasando muy cerca de McKenna. Tan cerca, que le rozó con su cuerpo. Se detuvo a su lado y me dijo fríamente:

—Vámonos, Kent. Pensaremos algo con calma, querido.

—Pues piensen de prisa —rió el gerente de la empresa con sarcasmo—. Si es que va a servirles de algo...

—Tal vez sirva de mucho —suspiró ella, con un raro brillo helado en sus ojos, al sacar de su bolso la mano.

Pero no fue solamente su delicada mano la que emergió del bolso. Empuñaba unas largas, enormes tijeras que yo le había visto a veces en la oficina, para recortar determinados artículos o fotografías publicados en los diarios.

Las clavó, con un impulso rápido y seco, en la espalda de Steve McKenna. Las tijeras penetraron en su cuerpo, atravesando la americana, hasta la misma empuñadura.

CAPITULO III

Fue algo espantoso.

El chirrido de las dos hojas puntiagudas de las tijeras, desgarrando la tela y penetrando hasta el fondo en la carne humana, me produjo un tenso escalofrío de pavor.

McKenna se puso rígido, desorbitó sus ojos, sin parecer comprender bien lo que sucedía. Su boca se abrió, intentando emitir un alarido, pero sólo dejó escapar un ronquido sordo. De entre sus dientes escapó sangre en regueros, goteando por su barbilla y mojando la camisa.

Giró sobre sí mismo. Era atroz verle así, con la empuñadura de las

tijeras asomando de su espalda, formándose alrededor de ella por momentos, un ancho manchón rojo oscuro que empapaba el tejido de la chaqueta.

Pareció querer decir algo, moverse, alargó sus brazos, soltando la cámara y dirigiendo su mano a un bolsillo interior de la americana, la mirada fija y vidriosa en Dona Sondergaard que, con ojos dilatados, temblorosa y asustada, retrocedía, apartándose de su víctima, con el horror reflejado en su bello semblante.

—Dona... ¿qué has hecho? —susurré, logrando al fin articular alguna palabra coherente,

—Creo... creo que te he matado —musitó ella, cuando el cuerpo de McKenna cayó de bruces, golpeando sordamente la moqueta, y quedándose allí inmóvil, las tijeras asomando de su espalda con tétrico simbolismo. La mancha de sangre en la chaqueta crecía y crecía, imparable.

No era difícil advertir que las largas tijeras, en su recorrido en diagonal, impulsadas por la firme mano de Dona, habían atravesado el corazón y el pulmón de McKenna, en una herida mortal de necesidad.

Me apoyé, aturdido, en un mueble, sintiendo que mis rodillas temblaban y mi cuerpo flaqueaba. Sentí náuseas y corrí al lavabo inmediato. Vomité, pero eso no me hizo sentir mejor. Al volver, tras mojarme el rostro en el grifo, miré a Dona. Estaba inclinada sobre el cuerpo de su víctima, auscultando su espalda. Me miró, despavorida, y la vi temblar.

—Dios mío, Kent —susurró, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. Me cegó el miedo. No supe lo que hacía... Está... está muerto, Kent. Ya no hay ni una palpitación en su corazón.

La miré, indeciso. La sangre empezaba a manchar la moqueta. Le había brotado más por los labios contraídos. Su chaqueta ofrecía ya una espalda empapada.

—Hay que hacer algo —dije roncamente.

—¿Qué? —gimió, todavía de rodillas junto al muerto—, ¿Llamar a la policía, Kent?

Me estremecí. La policía...

—Cielos., —no reconocí mi voz—. Es un homicidio, Dona. Quizás un

asesinato. Estás casada, con otro hombre en este lugar... Dirán que fue premeditado. Tú traías tus tijeras del despacho...

—Muchas veces las llevo encima. De noche hay mucho delincuente por esas calles. Es un arma útil, además de servirme para trabajar también en casa con los recortes...

—Sí, es un arma muy útil —convine, con ironía—. Ya lo he visto, Dona.

—Kent, vete tú de aquí, que no te encuentren. Diré que estaba con cualquiera, con un

desconocido... y que maté a McKenna para protegerme de un chantaje. No deben mezclarle a ti en esto. Kent, te lo suplico, vete...

—No —negué, rotundo—. Me quedo a tu lado.

—Pero, Kent, yo le maté. Soy... soy una asesina —las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Deja que pague yo mis culpas, no te comprometas por mí.

—Por ti haría lo que fuese —murmuré con decisión. Estudié el cuerpo del caído—.

Vamos, haremos algo. Pero no avisar a la policía. Si nadie vio entrar aquí a ese hombre, aún hay una posible solución para el problema.

—¿Una solución? ¿Cuál? —se estremeció ella.

—Deshacemos de este cuerpo. En seguida.

—Kent, eso no es fácil... tembló, acercándose a mí, acurrucándose contra mi pecho, tremendamente indefensa, débil y asustada—. Si nos descubren... será peor.

—Nada puede ser peor. Hemos matado a un hombre, Dona. Eso ya es malo de por sí.

— ¿Hemos? —ella negó con la cabeza, rechazando enérgicamente tal posibilidad—. No, Kent. Yo sola lo hice... Tú no.

—Es igual. Estamos unidos en esto. Juntos hasta el final, sea cual sea. Tu marido no sabrá nada. La policía tampoco. Ese bastardo de McKenna desaparecerá, si todo nos sale bien. Vas a tener que armarte de valor y ayudarme un poco en esto, eso es todo.

—Sí, Kent —susurró, pegada a mí, mirándome a los ojos—. Haré lo que sea...

—Bien, entonces escucha...

* * *

Resultó menos difícil de lo previsto.

Pudimos envolver el cuerpo de McKenna en la colcha, tras quitarle Dona las tijeras de su herida. Limpiamos la moqueta de huellas de sangre. Luego, cargamos con el siniestro bulto en el ascensor del edificio de apartamentos, ya bien avanzada la madrugada. No nos encontramos con nadie por el camino, afortunadamente para nosotros.

El bulto pasó al interior de mi coche. Lo acomodé en el compartimento posterior. Tras despojar a McKenna de su pequeño revólver calibre 32, su billetera y cuanto pudiese servir para identificarle demasiado pronto, conduje hasta Battery Park. Una vez allí, saqué a McKenna de la colcha, ayudado siempre por una Dona particularmente serena y valerosa, dadas las circunstancias. Encontré en un embarcadero unos pesados hierros que até con un cable a las piernas del difunto. Luego, comprobado que estábamos solos en la desierta zona, arrojé el cuerpo al agua. Se hundió rápidamente en las sucias aguas del muelle.

Subieron a la superficie unas burbujas, círculos concéntricos y nada más. La superficie quedó tersa.

Nos apartamos de la orilla, regresando al coche. Sentí que ella temblaba, con la piel fría, al pegarse a mí. La abracé, sonriendo duramente.

—Calma —le dije—. Ya está hecho, Dona. Cuando hallen a McKenna, nadie va a relacionarlo con nosotros. Transcurrirán al menos varios días hasta que eso ocurra. El lastre le habrá conducido al fondo. Cuando se note su desaparición, le buscarán.

Terminarán dando con él, pero será difícil que precisen día y hora de su muerte con exactitud. Y nada, salvo el puesto de trabajo, relaciona a Steve McKenna con nosotros, recuérdalo.

—Posiblemente sea como dices, Kent —admitió ella—. Pero las cosas son ya muy diferentes para ti y para mí. Me he convertido en una criminal... ¿Qué pensarás de mí?

—No seas tonta. Yo mismo hubiera matado gustosamente a esa rata. Pero no tuve el valor suficiente. Tú, sí. Eso fue todo. Ahora vamos a volver al apartamento. Lavaremos la colcha de las manchas de sangre que tiene. Y luego, te demostraré con mi amor, más que nunca, lo unidos que ambos estamos. Ahora, tan unidos como jamás lo hemos llegado a estar, querida mía.

Se apretó a mí, cubriéndome de besos y susurrando varias veces con tono emocionado:

—Te quiero, Kent, te quiero locamente, mi vida...

Volvimos al apartamento. Nos habíamos desecho de un cadáver. No habría ya huellas del crimen en cuanto estuviera lavada la colcha. Es como si aquella pesadilla horrible hubiese terminado.

Yo no podía saber entonces que no había hecho sino empezar.

Edna Keller era una muchacha realmente encantadora y simpática.

Trabajaba conmigo en el Departamento de Contratación, pero lo cierto es que nunca me había fijado demasiado en ella, pese a ser bastante atractiva. Muy joven, quizá demasiado para mí —calculé que le llevaría casi ocho años, pues ella apenas si habría cumplido los veinte—, era afable con todos, muy eficiente trabajando, y además ocupaba una mesa junto a mí. La había visto a veces, coincidiendo con ella al salir del trabajo, subir a un coche rojo, en la calle, en compañía de un muchacho del Departamento de Producción, dirigido personalmente por Osmond Sondergaard —y en su ausencia por su colaborador más directo, Spencer KcKenna, gerente de la firma—, cuyo nombre supe que era Murray Lavers y contaba solamente veintitrés años. Era un joven arrogante y simpático, muy deportista. A veces había hablado con él de béisbol o de fútbol, pero fueron siempre conversaciones superficiales, llenas de trivialidad. Lo cierto es que este lunes, en las oficinas de la empresa, me fijé particularmente en Edna Keller por primera vez. Y todo ello, por varios motivos que se llegaron a superponer como un extraño juego de coincidencias donde, quizá, de un modo para mí inimaginable, el Destino estaba jugando sus bazas en mi propio drama.

El primer motivo fue Random Lee.

Recordé a Random Lee por haberle visto la última vez precisamente en compañía de Steve McKenna, entrando en el despacho de Dona Sondergaard, la tarde del viernes a última hora. El pelirrojo y desagradable individuo se acercó a Edna en un momento dado de la

mañana, y le dijo algo en voz baja, al tiempo que veía su mano tocando impúdicamente los senos erectos y juveniles de la muchacha. La vi enrojecer súbitamente, y decirle con tono sofocado unas pocas palabras en voz baja al puerco:

—No me toque más, canalla. Me da usted asco...

El pelirrojo se limitó a reír entre dientes e, insultante, se sentó en el borde de su mesa y recorrió con mano temblorosa el hombro y el brazo de la muchacha, al tiempo que su-surraba con sarcasmo:

—¿De veras, preciosa? Entonces, ¿por qué no gritas y me insultas delante de todos, de

modo que te oigan? ¿O tienes algo que ocultar y eso te preocupa demasiado para armar escándalo en esta casa?

No podía dejar de observarlo todo de reojo, mientras hojeaba unos papeles con aire mecánico. Noté que ella palidecía, se mordía el labio y se encogía, con gesto de repugnancia, pero sin atreverse a decirle nada al individuo en voz alta.

Eso me decidió. Si algo me ha asqueado siempre, son los tipos libidinosos, capaces de abusar de una chica por la razón que sea. Salté de mi asiento, derribando la silla. Hasta entonces, los demás compañeros que trabajaban en la sala, nada hablan advertido.

Ahora, giraron la cabeza, con sobresalto.

—¡Ya basta, sucio miserable! —rugí, aferrándole por las solapas de su chaqueta, y apartándole de un rudo tirón de la mesa de la muchacha —. ¿Por qué no me dices a mí todas esas cosas, bastardo asqueroso?

—Jeffords, cuidado —le oí silabear, mirándome entre asustado y furioso—. No se meta en lo que no le interesa o será peor para usted...

Su voz chirriante me resultaba tan ingrata como odiosa. También su gesto ratonil. Edna sollozó a mis espaldas, casi implorante:

—No, por favor, no hagas nada, Kent...

—Ya la ha oído —rió el puerco—. Será mejor que le haga caso. Podría hacerle mucho daño a esa jovencita, si quisiera. E incluso a usted, si se pone pesado conmigo...

Ahora sí que no dudé más. Solté una de sus solapas y comenzó a

sonreírse con aire triunfal, mientras todo el mundo nos contemplaba con estupor. Entonces le sacudí de lleno. Mi zurda se estrelló en su rostro y sonó como un mazazo. La sangre escapó a borbotones de su nariz aplastada, reculó dando trompicones, se fue contra una mesa y rebotó, yéndose de bruces al suelo, donde se quedó encogido, jadeando con gesto de dolor, mientras la sangre lo salpicaba todo.

Me quedé ante él, cerrando los puños con rabia, dispuesto a seguir machacándole.

Edna Keller me rogó desde su mesa:

—No, no. Ya basta, Kent, ya basta... No sigas, te lo ruego.

Los demás acudieron, rodeando al pelirrojo Lee. Dije fríamente en voz alta:

—Ese cerdo estaba abusando descaradamente de sus atribuciones en la persona de Edna Keller. Le oí amenazarla. Estoy dispuesto a marcharme de la empresa si esto se considera cuestión disciplinaria, todos lo sabéis ahora.

Me rodearon, intentando calmarme, mientras otros se llevaban a Lee lejos de allí, para atenderle en el botiquín. Uno de ellos me aconsejó:

—Cálmate, Kent. No debiste hacerlo. Todos aborrecemos a ese puerco de Random Lee, pero él tiene influencias en la empresa. Ya sabes, es buen amigo de McKenna. Y éste del jefazo... Pueden buscarte un lío si dan parte de lo sucedido aquí.

Estuve tentado de decirle que McKenna estaba muerto y que no me asustaban ni Lee ni el propio Osmond Sondergaard, pero me contuve a tiempo, me encogí de hombros y volví a mi mesa airadamente. Me acomodé en ella y manifesté a todos en voz alta:

—Me tiene sin cuidado lo que sucede ahora. No toleraré que una chica decente sea ofendida por un bastardo asqueroso.

Edna me miró desde su mesa. Me dirigió una tímida sonrisa encantadora.

—Gracias, Kent. No sé cómo pagarte lo que has hecho por mí hoy... —musitó.

—No digas nada —le sonreí a mi vez, más calmado—. Era lo que se merecía. ¿Ese tipo tiene algo contra ti?

—No —eludió mi mirada de repente, algo turbada—. No, Kent, no tiene nada...

Supe que mentía, pero ignoraba la razón que pudiera tener para ello. De algo estaba seguro: Random Lee sabía algo de ella. Y no podía ser nada bueno, a juzgar por su reacción. La gente que usa secretos ajenos para coaccionar o presionar a la gente siempre me ha dado náuseas. No lamenté haberle sacudido a Lee. Ni siquiera cuando un compañero mío, Brian Cabot, que trabajaba como jefe de sección en nuestro Departamento de Contratación, vino con gesto grave a decirme:

—Kent, la señora Sondergaard te llama a su despacho. No parece de buen humor. Creo que ya sabe lo sucedido aquí hoy.

—Gracias, Brian —dije secamente, poniéndome en pie—. Allá voy.

Momentos después, estaba ante Dona, en su confortable despacho. Ella me miró fijamente a través de sus gafas de fantasía, con gesto adusto. Me estremecí, pero no por ello. Sobre la mesa, sus largas tijeras afiladas destellaban a la luz del nublado lunes en que nos encontrábamos.

—Me he enterado de lo ocurrido —dijo escuetamente.

—Ya —asentí.

—¿Qué tienes que decir?

—Nada.

—¿Nada? Has pegado a un empleado más antiguo que tú, y amigo de mi marido, delante de todo el mundo.

—No pienso negarlo.

—Todo, por defender a una compañera.

—Así es.

—¿Por qué, Kent? —se irritó, quitándose las gafas de un manotazo—, ¿Por qué defender a *otra* mujer? Creí que sólo existía yo para ti.

—Por supuesto que sólo existes tú.

—¿Y esa chica, Edna Keller? —enarcó las cejas, adusta.

—Es sólo una compañera. Una chica muy joven e indefensa.

—Muy bonita también. Conozco a todos mis empleados, Kent.

—De acuerdo, es bonita. Eso no cuenta.

—¿Seguro?

—Seguro —resoplé—. Ese Lee es una rata hedionda. La presionaba, manoseándola y humillándola. Me enfureció y le sacudí, eso es todo.

—Es una falta grave, dentro del trabajo.

—Claro que lo es. ¿Estoy despedido?

—Si Osmond lo supiera, te despediría sin remedio. Es muy severo en esas cosas.

—¿Estoy despedido, entonces? —insistí.

—No digas tonterías —suspiró ella, poniéndose en pie—, Osmond no ha vuelto aún.

Sigue en Albany. Me llamó desde allí. No vendrá hasta el miércoles. No tiene por qué enterarse de nada.

—Random Lee se lo dirá en cuanto llegue. Es muy amigo de McKenna, ¿no lo sabes?

—Claro que lo sé —ella me miró fríamente—, Pero McKenna *tampoco* ha venido aún.

Nadie sabe nada de él. Su ausencia es injustificada por el momento.

No dije nada. Nos miramos en silencio. Ambos sabíamos sin duda lo que estábamos pensando. Tras la interminable pausa, incliné la cabeza. Mi voz sonó fría:

—Aun así, lo sabrá. Random Lee es de la clase de hombres que lo dicen todo.

—No lo dirá —negó ella—. Puedo presionarle en ese sentido. Me obedecerá.

—Puede ser peligroso. Recuerda que tenía amistad con McKenna. Y con tu marido. No parece uno de «ellos». Pero puede bailarles el agua, ya me entiendes.

—Claro que te entiendo. Arreglaré eso, no temas. No voy a permitir

que te echen. Pero no vuelvas a cometer errores. No defiendas a nadie. Y menos a otra mujer. No me gusta.

—Lo siento — suspiré —. Procuraré no equivocarme otra vez. Pero no soporto ciertas cosas. Esa chica es sólo una compañera, ya te dije. Tiene novio. Y no es mi tipo.

—Aun así, no me gusta. Recuérdalo, querido —me sonrió, algo forzada—. Veremos si regresa pronto nuestro gerente... Si no, habrá que dar cuenta de su desaparición a la policía.

—Sí, claro. Eso es asunto suyo, señora Sondergaard —dije con ironía, saliendo del despacho casi sigilosamente.

Volví a ver a Edna cuando salíamos del trabajo, en la amplia acera, a la sombra del alto edificio encristalado. Estaba a punto de subir al coche rojo deportivo, propiedad de su joven acompañante, Murray Landers. Le hizo esperar un momento y vino hacia mí.

—Una vez más gracias, Kent —me dijo—. Nunca podré pagarle lo que hizo. Pero por favor, no vuelva a hacerlo. Ese hombre, Random Lee, es mala persona. Muy mala...

Y sin añadir más, como si tuviera miedo de algo, corrió a reunirse de nuevo con el muchacho, y partieron rápidamente, dejándome entre sorprendido y desorientado.

Seguí adelante, en dirección al aparcamiento donde dejara mi coche. Una voz me detuvo de pronto, con sobresalto por mi parte:

—Sube, Kent. Sube pronto.

Giré la cabeza. Esto no era habitual en ella. Rompía sus normas de cautela. Podía provocar habladurías entre los cientos de empleados que abandonaban en riada el edificio de la empresa. Además, ella no abandonaba nunca tan pronto su despacho.

Decidí que era mejor decidirse rápido. Subí. Cerré la portezuela, Dona Sondergaard arrancó, alejándose entre el denso tráfico de Manhattan a las cinco de la tarde. El cielo seguía nublado. Llovería otra vez en cualquier momento. Como la fatídica noche del viernes, pensé.

Condujo un rato en silencio. Miré su perfil. Era duro, casi adusto. Los ojos le brillaban como dos ágatas o dos piedras jaspeadas, de fondo dorado.

—¿Qué pasa? —quise saber—. Esto no es prudente.

—Ya lo sé, maldita sea —se quejó ella.

—Tiene que ser algo grave.

—Lo es.

—Suéltalo. ¿Se trata de tu marido?

—No.

—¿De McKenna?

—No.

—¿Entonces...? —empecé a impacientarme.

—Se trata de ese tipo que tú pegaste hoy.

Volví a mirarla con asombro. No supe si era Manhattan o era ella quien se había ensombrecido más.

—¿Random Lee? —inquirí.

—Sí, el mismo.

—¿Vas a soltarme otro sermón sobre eso? —me irrité.

—No. Eso ya no tiene arreglo. Has empeorado las cosas, supongo.

—¿Qué cosas?

—Mira en mi bolso. Tienes ahí la respuesta —dijo, virando en una curva de Broadway.

Abrí su bolso, depositado en el asiento delantero. Me estremecí al rozar el frío acero de sus tijeras. Seguía llevándolas consigo.

Encontré un papel doblado. Lo extraje. Ella asintió, sin mirarme, al oír crujir el papel.

—Eso es —confirmó, seca.

Desdoblé el papel. Estaba escrito a máquina. Sin firma. Era muy breve:

«Vale más que lleguemos a un acuerdo usted y yo.

Lo sé todo. Si Steve no vuelve, sabré que le mataron los dos. Me informó de lo que sucedía. Podemos reunimos y discutir el asunto. Le conviene. Eso, o la silla eléctrica, elija.

»Un amigo.»

—¿Por qué sabes que es él? —pregunté, sintiendo un extraño frío dentro de mí.

—No hay que ser adivino —suspiró—. Me lo entregó en propia mano y se ausentó rápidamente. Pero no se compromete a nada.

—Es un vulgar chantaje.

—No me importa como se llame. Es una amenaza clara. Sabe todo. O casi todo. El resto lo sospecha.

—McKenna debió decirle que venía a sorprendernos. Si no aparecía, era de suponer que le habría sucedido algo. Y Lee sabe ahora que eso fue lo que pasó.

—Cometí un error terrible. No debí matar a McKenna.

—Eso ya no tiene vuelta de hoja. Ocurrió, y hay que aceptarlo. ¿Qué crees que pedirá Random Lee?

—Dinero, sin duda. Mucho dinero.

—Si le pagas admitirás tu culpa.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —se exasperó ella.

—No sé —moví la cabeza—. Cuando se paga una vez a uno de éstos, se paga siempre.

Son sanguijuelas. Nunca se sienten satisfechos. Van apretando sus tuercas implacable-mente, cada vez más. Hasta asfixiarle.

—Si exige dinero, habrá que dárselo. Y pensar algo.

La miré. Creí intuir algo oscuro y horrible en su tono, pese a la serenidad de que hizo gala.

—Pensar ¿qué? —traté de concretar.

No se anduvo por las ramas:

—Matarle, por ejemplo.

Me quedé sin aliento. Ella condujo en silencio unas manzanas. El tráfico era cada vez peor y más denso. Por fin logré articular algo coherente:

—Dona... ¿Hablas en serio? —musité.

—¿Tú qué crees? —murmuró ella.

—Dios mío... Matar otra vez.

—Random Lee no es mucho mejor que Steve McKenna.

—Lo sé, lo sé. Pero esto puede ser una cadena sin fin. Matar, matar, matar...

—Yo lo haré, no te preocupes —dijo ella con ironía—. Es mi responsabilidad. Tú no tienes nada que temer ni nada de qué protegerte. Yo sí. Me ocuparé de Lee.

—No, eso no. Soy tu encubridor. Casi tu cómplice. Te ayudaré. Cítalo en alguna parte.

Oiremos sus exigencias. Luego resolveremos.

—¿Estás seguro que quieres seguir ayudándome en todo esto? —se volvió, al detenerse en un semáforo, y me contempló con sus profundos ojos de color ámbar.

—Te ayudaré hasta el fin, te lo dije —murmuré—. Sea ese cual sea, Dona.

Se inclinó. Besó mi boca y sentí el escalofrío que sus carnosos labios húmedos producía siempre en mí. Supe que haría lo que fuese necesario por ella.

Incluso matar, si era preciso...

CAPITULO IV

Las cosas no salieron como esperábamos ella y yo.

Supongo que con un chantajista no se pueden hacer previsiones. Y que un proyecto criminal no podía ser, en modo alguno, una fórmula matemática.

Dona me telefoneó aquella misma noche a casa, con tono algo alterado. Sus palabras me resultaron preocupantes por lo que podían significar para nosotros cuando Osmond Sondergaard regresara el miércoles de Albany:

—He intentado repetidas veces comunicar con ese tipo, Lee. No me ha sido posible. El teléfono de su casa no lo descuelga nadie. He podido informarme de los sitios que habitualmente frecuenta, puesto que es un tipo soltero y dado a relaciones con mujeres de dudosa moralidad. Pues bien, si en el restaurante donde habitualmente cena, ni en el club adonde lleva a sus conquistas por costumbre, han podido localizarle. No le han visto hoy por allí.

—¿Seguro que ninguno de ellos mentía?

—No lo creo. Parecían sinceros, pero eso nunca se sabe, claro.

—Puede ser una táctica suya para ponernos nerviosos.

—Ya lo he pensado. Por eso preferí llamarte. Lo hago desde un teléfono público, muy cerca de mi casa. Es la mejor manera para evitar posibles interferencias.

—Es posible. Pero si interfieren el mío...

—¿Por qué habrían de hacerlo? Nadie sabe nada aún, salvo ese hombre, Lee. Y a él es a quien menos puede interesar que la policía averigüe algo, porque eso le cerraría el posible surtidor de dinero que espera abrir con sus presiones.

—En resumen: tenemos que esperar a mañana, en las oficinas, y tratar de hablar con él allí, concertando una cita —señalé, pensativo.

—Creo que no habrá otro remedio, si es que él acepta ese juego de buen grado.

—Tendrá que aceptarlo. De algún modo hemos de entrevistarnos y

conocer sus condiciones.

—Sí, supongo que sí. Pero siempre pretenderá llevar él la iniciativa, llevarnos a jugar a su campo, no ceder y venirse al nuestro, eso es obvio, por poco inteligente que ese tipo resulte.

—Me pregunto cómo pudo llegar a saber lo de McKenna... — reflexioné en voz alta, mordiéndome el labio inferior nerviosamente —. Muerto éste, no entiendo dónde obtuvo la información Random Lee...

—Posiblemente nunca lo sabremos. Pero si trabajaban juntos en cuestiones de chantaje o coacción, no resultaría difícil para él advertir que en la desaparición de su amigo había algo sospechoso. Y si sabía lo que planeaba hacer, el resto resulta fácil de imaginar...

—Sí, creo que ya habíamos llegado antes a una conclusión parecida, pero... En fin, Dona, deja esto ahora en mis manos. Yo trataré de dar con Lee donde esté, y abordaré la cuestión sin rodeos.

—Ve con cuidado, Kent —me rogó ella, con tono preocupado—, Podría llevarte a una trampa...

—No le interesa —reí duramente—. Como tú dices, ningún chantajista mataría la gallina de los huevos de oro antes de que ésta empezase a poner... Te llamaré con lo que haya, adoptando toda clase de precauciones, si logro localizarle esta noche. Si es mañana, en las oficinas, déjame a mí el asunto de todos modos.

—Como quieras, Kent. Pero recuerda que si hay que actuar sin paliativos, eso debo de ser yo quien lo haga, no tú.

Ya te he complicado demasiado la vida como para hundirte más en este sucio asunto.

—Es tarde para salir de él limpiamente, querida —sonreí con amargura—. Estoy en él hasta el cuello...

Colgué, con una mueca crispada en mi rostro, que me devolvió uno de los espejos del *living*. Me quedé pensativo, preguntándome cómo diablos iba a poder yo localizar en la ciudad, durante esta misma noche, a un tipo con quien me ligaban tan escasas relaciones personales y profesionales como Random Lee.

Y justo en ese momento, en vez de ir yo a la montaña, la montaña vino a mí.

Me sobresaltó el timbrado del teléfono recién colgado. Lo miré, preguntándome si Dona habría cambiado de idea y me llamaba de nuevo por algo que hubiese olvidado mencionarme. Pero algo me dijo en seguida que no. Que esta vez no era ella.

Dejé que el teléfono sonara tres veces, antes de descolgarlo. Cuando lo hizo, me sentía tenso, y una leve humedad empapaba mi frente.

—¿Sí? —pregunté, seco,

—¿Señor Jeffords? ¿Kent Jeffords? —preguntó a su vez una voz ronca y áspera.

—Yo mismo —asentí — . ¿Quién llama?

—¿No me conoce? —hubo una breve risita—. Soy yo: Random Lee.

Me quedé callado. Humedecí mis labios, apretando con fuerza el teléfono.

—Ya —dije, escueto.

—¿Sorprendido? —quiso saber él, irónico.

—Un poco. ¿Qué quiere?

—No le voy a retar a duelo por lo de hoy —soltó una carcajada desagradable—. Mi honor ofendido no llega tan lejos, Jeffords.

—Entonces, ¿qué diablos quiere para llamarme ahora? Son casi las once...

—Lo sé. Llamé hace un momento, y su teléfono comunicaba. ¿Estaba hablando con su dama, Jeffords?

—¿A usted qué le importa?

—No se ponga así. No le conviene pelearse conmigo. Estoy seguro de que sabe ya algo sobre cierto mensaje entregado esta misma tarde a una persona...

—Supongamos que lo supiera. ¿Y qué?

—Vamos, vamos, no se haga el duro. No le va, Jeffords, en las circunstancias actuales.

A usted le gusta interpretar el papel de caballero andante, como hizo

hoy con Edna Keller.

—Y por lo que vi, usted se siente como pez en el agua haciendo el papel de villano, de rufián sin escrúpulos.

—No va a ofenderme con eso, Jeffords —se mofó—. Está en mis manos.

—¿Yo?

—Usted. Y también su amiguita. Ya sabe a quién me refiero.

—Sigo sin saber de qué habla.

—Mejor para usted, entonces. Puedo ir a la policía y decirles cuanto sé, sin que ello le cause ningún problema, ¿no es cierto?

—Hágalo. Me tiene sin cuidado, Lee. Usted es una sucia rata que no me preocupa lo más mínimo.

—Muy bien. Entonces iré a la policía y les contaré que Spencer McKenna está muerto.

Y que lo último que supe de él es que iba a sorprenderles a usted y a cierta dama casada, de muy alta posición, reunidos en un determinado apartamento adecuado para cierta clase de citas clandestinas. Es posible que eso le resulte divertido, puesto que nada tiene usted que temer del asunto.

—Está diciendo tonterías. ¿Por qué supone que McKenna ha muerto?

—Porque ha desaparecido. Y porque él no haría eso, después de conseguir lo que tanto andaba buscando. Además, tengo un escrito suyo, de su puño y letra, en el que confiesa McKenna que si algo le sucedía en este fin de semana, ciertas personas cuyos nombres cita, serían responsables de lo que pudiera sucederle a él.

—Dudo mucho que tenga ese documento, Lee.

—¿Lo duda? Pues va a serle fácil tener acceso a él esta misma noche, si quiere comprobar su autenticidad. Poseo una fotocopia que puedo facilitarle gratuitamente. Y al mismo tiempo, podemos fijar el precio del original... y de mi silencio.

—Supongamos que quisiera ver hasta dónde es capaz de llegar. ¿Cuándo me darla usted esa fotocopia?

—Esta misma noche, ya se lo he dicho. Fotocopia y precio del original.

—¿Va a enviarme a casa algún mensaje?

—No, no. Será entrega personal, Jeffords.

—¿Dónde?

—En el sitio que yo le indique, a la hora que yo señale. Salga de casa ahora. Dentro de veinte minutos, sonará el teléfono de la cabina pública de la esquina de la Calle 46 y Lexington, en la acera de los números pares. ¿De acuerdo? Descuelgue entonces. Le daré instrucciones concretas.

—Muchas precauciones guarda usted, Lee.

—Las que creo adecuadas. No me fio de usted ni de nadie, Jeffords. Si McKenna está muerto, también pueden haber pensado en reunirme a mí con él. Tengo que adoptar medidas. ¿Va a acudir allí?

—Sí. Dentro de veinte minutos, allí estaré.

—No falte. Me interesa mucho hablar con usted esta noche, Jeffords, de un buen negocio para todos...

Colgó, repitiendo su repulsiva risita. Me hubiera gustado podérsela silenciar a golpes, pero no estaba en situación de provocar su ira. Era evidente que aquel tipo tenía lo que decía. Una carta de esa naturaleza, firmada por Spencer McKenna, antes de desaparecer, podía resultar muy grave. Estaba seguro que si nos interrogaban a Dona y a mí exhaustivamente, terminaríamos por contradecirnos y cometer un error irreparable.

Me dispuse a salir de casa. No tenía otro remedio. Antes, resolví llamar a Dona.

Marqué su número repetidas veces. Nadie respondió. Recordé entonces que había llamado desde un teléfono público. Tal vez estaba aún fuera, buscando a Random Lee.

Anudé mi corbata, cogí mi chaqueta y, tras una indecisión, tomé con mano leve

temblorosa un cuchillo de la cocina, que envolví en un paño, guardándolo en el bolsillo.

Una ansiedad febril me dominaba. Empezaba a darme cuenta, con

horror, de que me sentía capaz de matar a un hombre para proteger a Dona de cualquier peligro.

No cogí mi coche, sino que tomé un taxi y le di las señas de Lexington en su cruce con la Cuarenta y Seis Este, no lejos de la Grand Central y el rascacielos de la Panam. En pocos minutos, dada la fluidez del tráfico a esas horas de la noche, estuve ante la cabina telefónica en cuestión. Paseé ante ella, mirando mi reloj.

Justamente a las once y veinticinco minutos, sonó el teléfono de la cabina. Me metí con rapidez en ella y cerré la puerta. El corazón me golpeaba con fuerza.

—¿Jeffords? —oí la voz a través del hilo telefónico al descolgar—. Ya le he visto entrar en la cabina. Veo que va solo...

Escudriñé las calles a través de los vidrios de la cabina. Podía estar en cualquier sitio mi interlocutor: en otra cabina, en un bar, en un piso de aquellos edificios circundantes...

Pero supe que era observado. La risita por el auricular me lo demostró.

—No, no va a verme —dijo burlón—. No se esfuerce por buscarme. Veo que tomó un taxi, no su propio coche.

—Así es —afirmé fríamente—. ¿Cuál es su juego?

—El que le dije. Pero tenía que comprobar si venía solo o pretendía jugarme una mala pasada, como sin duda hicieron con mi amigo McKenna... Tome otro taxi cuando salga de la cabina. No llame previamente a nadie, recuérdelo. Si le veo marcar otro número cuando terminemos de hablar, habremos roto las conversaciones. Y eso no le conviene.

—¿Qué más debo hacer?

—Dar a ese taxi una dirección concreta, en Queens.

—¿Qué dirección?

—Vernon, 4401. Entre las calles Doce y Trece de Queens, a espaldas de la estación subterránea de Queensboro Subway. ¿Está claro?

—Sí. ¿Qué hago, una vez allí?

—Verá un edificio en construcción. Quédese en él, a la entrada de las

obras. Lo demás es cosa mía, Jeffords. No se demore. Nos reuniremos allí.

Colgó sin añadir más. Volví a mirar en torno, sabiendo que era observado a distancia, quizá con prismáticos. Miré el disco telefónico con sus números y letras. No lo toqué. Salí de la cabina. Esta vez tendría que actuar yo solo.

Llamé a un taxi y le di la dirección indicada por Lee. El conductor me llevó Lexington arriba, hasta doblar por la Treinta y Cuatro y alcanzar la entrada al túnel Queens-Midtown, que atravesamos para salir a la altura de Long Island City Station, en la otra margen del East River, ya en Queens. Subió por Vernon, que aparecía totalmente desierta en estos momentos, y me dejó frente al edificio en construcción indicado por Lee.

Observé que tenía levantados ya al menos una docena de pisos, cuyos niveles eran visibles en la noche, sin muros protectores salvo en un par de puntos correspondientes a las escaleras y hueco de ascensor. Las obras aparecían débilmente iluminadas por unas luces situadas ante un enorme anuncio con el nombre de la empresa constructora del inmueble.

No vi por parte alguna a Random Lee. El taxista recogió el importe de la carrera y la propina, y miró en torno, a la desolada calle.

—Si va a volver luego a Manhattan, señor, le será difícil encontrar taxi por estos parajes

—señaló pensativo.

—Lo sé. Si no encuentro ninguno, tomaré el subterráneo, gracias —me limité a responderle, encogiéndome de hombros.

El taxi se alejó, dejándome solo en aquel lugar. Paseé por la acera, frente al edificio en construcción, notando la humedad del río y una temperatura no demasiado cálida, pese al tiempo en que estábamos. No sé si fue eso o mi propio estado de ánimo, pero noté un estremecimiento que me puso la carne de gallina.

Eran ya casi las doce cuando Random Lee dio señales de vida por fin. Una voz, desde alguna parte, me llamó quedamente pero con claridad:

—¡Eh, usted! Jeffords! ¡Aquí!

Miré por doquier sin dar con él inicialmente. Volví a oír mi nombre en

boca suya. Esta vez sí le encontré. Estaba en pie, en la segunda planta del edificio en construcción. La claridad del anuncio iluminado recortó su figura contra la oscura plataforma de hormigón y acero.

—¡Vamos, suba! —me avisó—. El guarda de las obras no está ahora aquí. Tardará en venir. Acostumbra a estar hasta después de la una en un chiringuito de bebidas que hay abierto en la entrada del Canal... Vamos, venga aquí, pronto.

Crucé la calle, con las manos en los bolsillos, tanteando el cuchillo envuelto en el paño.

Miré a lo alto. Random Lee sonreía, pelirrojo e inconfundible, asomado al borde del segundo piso, junto a una especie de montacargas exterior que reptaba por la fachada, para conducir arriba y abajo a los obreros durante sus tareas.

Pulsó una palanca, y el montacargas descendió hasta el suelo. Me hizo un gesto fácil de entender. Entré en el montacargas. Vi una palanca y la pulsé, comenzando a subir. Se detuvo en la segunda planta. Iba a salir, y él me lo impidió. Se puso a mi lado, dentro del montacargas. Presionó la palanca a tope. La cabina continuó subiendo. Sólo una verja que me llegaba poco más arriba de las rodillas me separaba del vacío. El me miró, esperando verme asustado. No lo consiguió.

—Es fácil caerse de aquí si uno no tiene experiencia en usar este chisme —comentó con tono de macabra ironía.

Asentí en silencio, sin dignarme responderle. El montacargas se detuvo en la planta última de las construidas. Calculé que era el piso duodécimo o decimotercero. Y aún tenían que levantar más. El suelo de aquella planta estaba lleno de cascotes, ladrillos, papeles de periódico, un par de cajones de botellas de cerveza vacíos, latas de refrescos vacías, y restos de comida de los trabajadores.

—Este es un sitio ideal para hablar de negocios —dijo, saliendo de la cabina.

Le seguí. Apretaba con mis dedos el mango del cuchillo en mi bolsillo. Su espalda era toda una tentación. Supe que sería capaz de acuchillarle sin piedad.

Caminó un trecho, hasta detenerse junto a un muro de ladrillos. Más allá, un hueco oscuro y profundo, señalaba el emplazamiento futuro del ascensor. El eco de su voz retumbó lúgubrementes allá abajo, en la sima profunda y vertical, cuando se volvió, mirándome fríamente.

—Bien, Jeffords —dijo—. Aquí tiene la prueba que usted quería.

Me tendía algo. Lo tomé. Estaba muy oscuro allí y era imposible verlo. Encendió una

linterna y proyectó su luz sobre el papel que yo desdoblaba.

Era una fotocopia nítida de una hoja manuscrita y firmada. La firma era muy legible: Spencer McKenna. La fecha, justamente la del viernes anterior, antes del homicidio de que él fuera víctima...

Dominé mi sobresalto. Tragué saliva y leí algunos párrafos de aquella siniestra misiva que, como escrita en el Más Allá, venía a acusarnos a Dona y a mí desde ultratumba:

«...es posible que ellos dos no quieran que Osmond Sondergaard llegue a enterarse de todo lo suyo, pero pienso obtener pruebas suficientes para que él se separe de esa zorra...

...no pretendo hacerles chantaje. Sólo quiero que Osmond se entere de la clase de perra que tiene por mujer...

...Haré suficientes fotografías de ella y de Jeffords en la cama...

...Puede que intenten matarme para sellar mis labios. Si el lunes no apareciese con vida, ya pueden suponer quién o quiénes me eliminaron...

...si esta carta puede servir de acusación contra unos asesinos, que se utilice como tal si soy hallado muerto violentamente o desaparezco.»

Era suficiente para que sobre ella y yo cayera la acusación de asesinato de forma inapelable. La policía haría caso de la misiva póstuma de un desaparecido. Y si alguna vez aparecía su cadáver, eso no haría sino confirmar esta acusación.

—¿Cuál es el precio del original? —pregunté con voz seca.

—Veo que no pretende negar nada... —rió Lee.

—Hemos venido a hablar de negocios, ¿no? Adelante. ¿Cuál es el precio?

—Medio millón de dólares en efectivo. Dentro de veinticuatro horas.

—¡Medio millón! —le miré, asombrado—. ¿Delira usted, Lee? Eso es mucho dinero...

—La señora Sondergaard tiene mucho más. Ni lo notará, se lo aseguro. Es un precio barato para salvar dos cabezas...

—Yo no puedo responderle. Sólo transmitir su mensaje a ella.

—Bien, hágalo. Pero recuerde: tiene que reunir el dinero mañana mismo. En billetes pequeños, máximo de cien. Viejos, y sin numeración correlativa.

—No creo que pueda reunir tanto dinero en tan pocas horas.

—Lo reunirá. Le va mucho en ello —sonrió mi interlocutor—. Es mejor así, créame.

—Suponga que la respuesta es... no.

—Allá ustedes —se encogió de hombros—. El original iría a parar a manos de la policía, con todas sus consecuencias. Elijan... pero pronto. Tienen poco tiempo, amigo.

—No me llame así. No tengo a reptiles por amigos —repliqué, airado.

—Como quiera. Usted no es mucho mejor que yo: un asesino que defiende su pellejo.

—¡No soy un asesino! —rugí.

—Tal vez no —se mofó— Pero sí es un cómplice y encubridor... Bien, creo que todo está hablado ya entre nosotros, Jeffords. Puede irse con esa fotocopia para que la lea la señora Sondergaard. Puede ayudarla mucho a persuadirle de que lo mejor es pagar.

—Usted podría pedir más dinero en otras ocasiones.

—No tendría pruebas para hacerlo.

—Tal vez sí: otra fotocopia, una relación anónima...

—Tendrá que confiar en mi palabra de que no habrá nuevas presiones.

—¿Quién puede confiar en la palabra de un ser como usted?

—Ustedes tendrán que hacerlo, les guste o no —soltó una carcajada—. Buenas noches, Jeffords. Lamento que un rato de placer con tan hermosa mujer, le cueste ahora tantos sinsabores...

—¡Maldita rata, cierre su sucio pico! —rugí, volviéndome iracundo

hacia él.

—No se ofenda. Después de todo, la señora Sondergaard se comporta como una vulgar prostituta. Sólo que ella tiene dinero y clase, dos cosas que le gustan a usted...

—¡Miserable! —grité, airado. Y, como aquel mismo día en la oficina, le pegué de nuevo con ganas en su desagradable rostro de ruin expresión.

Fue un terrible error por mi parte. Le vi saltar atrás, martilleado por mi puño vigoroso.

Perdió el pie y el equilibrio. Le vi saltar al vacío, de espaldas, con un gesto de tremendo, infinito horror. Lanzó un alarido horrible, y se hundió en el profundo abismo de ladrillo y cemento, destinado al futuro ascensor.

Su voz se perdió en lo más profundo, en una serie de ecos espeluznantes. Se apagó del todo con un sordo choque lejano que marcó el final de su trayectoria.

Tambaleante, sudoroso, invadido por el pánico y incredulidad, caminé hasta el borde del abismo vertical. Me asomé, sujetándome a la pared. Vi abajo, a la claridad de la linterna, que había caído junto a él, encendida, el cuerpo encogido, inmóvil, el reguero espeso y amplio de sangre enrojeciendo el suelo polvoriento...

—Dios mío, no... No es posible... —gemí.

Pero sí era posible. Había querido matar a aquel hombre. Y lo había hecho cuando no pensaba en ello.

Ya había asesinado a una persona, lo mismo que Dona. Los dos estábamos iguales.

Unidos hasta el fin en aquel siniestro sendero de sangre y de muerte.

CAPITULO V

—Muerto... Dios mío, no.

—Así es, Dona —afirmé, todavía pálido, desencajado—. Se estrelló sin remedio, doce o trece pisos más abajo. Deseaba matarle, lo confieso. Pero no cuando le golpeé al insultar-te a ti. Fue una muerte accidental. Sólo que ahora, ¿quién creerla eso?

—¿Registraste el cadáver, por si llevaba consigo el original de esa carta?

—No. No tuve valor para tanto. Me alejé de allí lo antes posible... antes de que nadie pudiera verle en los alrededores del escenario del suceso. No vi a persona alguna en los alrededores. Tomé el subterráneo de regreso a Manhattan, y luego un taxi hasta mi casa... Allí me he cambiado de ropa, porque iba sucio de polvo de la obra... y he venido a verte.

Ella asintió, pálida pero serena, envuelta en aquella bata de seda que envolvía adorablemente su sinuoso y espléndido cuerpo. Fumaba un cigarrillo con mano levemente temblorosa. Los ojos tenían un destello de inquietud y preocupación. Pero aparte de eso, parecía aún bastante dueña de sí.

—Te comprendo muy bien, Kent —musitó al fin—. Yo hubiera hecho igual. Pero si poseía el original o cualquier otra copia y lo llevaba consigo... estamos perdidos.

—No creo que llevase consigo el original. No era tan tonto como para correr ese riesgo.

Sabía que yo le odiaba y que soy algo violento. No hubiese cometido tal error.

—Supongamos que no. Pero ¿dónde estará ahora ese original?

—Si pudiera responder a esa pregunta... —musité, angustiado, moviendo la cabeza de un lado para otro—. Dona, la policía va a sospechar algo, cuando hallen el cadáver de Lee en esa obra, después de la desaparición de McKenna...

—Lo sé. Estamos en un auténtico dilema, Kent. ¿Por qué te habrás unido a mí, por qué me ayudaste desde el principio, cuando no pude contenerme y maté a McKenna? —se incorporó, acercándose a mí y

rodeándome con su brazo. Sentí sus formas, duras y voluptuosamente redondas, a través de la sedosa envoltura de su bata, pegándose a mí —

. He sido funesta para ti, Kent. Apártate de mí, ahora que aún es a tiempo...

—No, ya no —negué, tomándola con mis brazos ardorosamente—, Ya no, Dona. Ahora, estamos unidos en esto, para bien o para mal, ocurra lo que ocurra. Ambos hemos manchado de sangre nuestras manos, con razón o sin ella, y no podemos separarnos ni cambiar nuestro destino. Estaré junto a ti hasta el final, puedes estar segura.

—Oh, Kent, Kent, mi vida... —susurró, aplastando sus labios contra mi boca, apasionadamente—. Te amo con locura, con desesperación, amor mío...

No sabía lo que hacía cuando ella se comportaba así. Y ahora, pese a todo, pese a tener en mi mente muy caliente aún el recuerdo de un crimen, empecé a desprender de su cuerpo aquella bata de seda, dejando desnudas sus formas, que estrujé entre mis manos ardorosamente.

Ella respondió a esos impulsos con toda su tremenda carga sensual... y allí, en su propia casa, aquella madrugada en que mis manos se mancharan de sangre, volví a poseerla con la misma intensidad con que siempre lo hacía.

La gente empezó a murmurar en grupos, sorprendida por la ausencia inexplicable de

Random Lee, que se unía a la de McKenna, ya en su segundo día. Oí comentar que sería preciso informar a la policía de todo ello, dada la extraña coincidencia.

A primeras horas de la tarde, fue la propia Dona Sondergaard quien, con su semblante pálido y tranquilo, apareció en las oficinas, atrayendo nuestras miradas de inmediato.

Supe que algo sucedía apenas la vi entrar en la sala y pedirnos silencio un momento.

Todos dejamos de trabajar, incluidos Edna Keller y yo, naturalmente.

—Por favor, es importante que sepan lo que sucede —habló con parsimonia, muy serena la voz—. Acaba de llamarme la policía.

Me estremecí. Fugazmente, sus ojos y los míos se cruzaron. No capté demasiada inquietud en ellos, y eso me calmó.

Ella prosiguió con calma:

—Se trata de Random Lee, que ha faltado hoy al trabajo. Ha sido hallado... muerto.

—¡Muerto! —exclamó Edna, junto a mí — . Dios mío...

Dona miró a Edna. Con fijeza. Advertí que también con cierto rencor femenino.

—Así es — corroboró —. Un fatal accidente en Queens. Fue hallado sin vida, estrellado en el fondo de un hueco de ascensor de una casa en obras. Se destrozó el cráneo. Hubiera sido irreconocible, de no mediar sus ropas y documentos. Eso me han informado de la estación de policía. Un agente vendrá a hacernos algunas preguntas sobre Lee a todos nosotros. Pero nada se sabe aún sobre su amigo y compañero Spencer McKenna... Es todo, señores.

Me miró de nuevo con rapidez, y se ausentó, taconeando con firmeza. Tragué saliva.

Encontré a Edna mirándome, todavía con estupor y sobresalto.

—Pensar que ayer me molestó y que tú le pegaste, Kent... Y ahora está muerto...

Asentí, dominando un estremecimiento. Claro que estaba muerto. Y bien muerto. No debió resultarle agradable descender por aquel hueco hasta hacerse añicos la cabeza en el fondo, después de golpearle yo con todo mi ensañamiento posible. Cerré los ojos un momento y respiré con fuerza.

—Ahora lo lamento —dije con voz ronca—. Si lo hubiera imaginado... Pero Lee no era un buen hombre. La muerte no puede cambiar lo que uno fue en vida. En todo caso, sólo hace que los comentarios sobre la persona que ha fallecido sean más compasivos...

Edna aceptó ese comentario con un leve asentimiento. Volvimos al trabajo. Estaba ya próxima la hora de terminar cuando alguien dijo:

—Buenas tardes, señores. Soy el capitán Barry Craig, de Homicidios.

Casi pegué un respingo. Giré la cabeza, dejando de trabajar. Me

encontré con un hombre sólido, cuadrado, lleno de energía, de ojos grises y penetrantes, que paseaba por la sala de oficinas con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón, ancho y mal cortado.

—¿Homicidios? —repetí—. Creí que era un accidente...

Fue un error hacer ese comentario. El policía giró la cabeza y se quedó mirándome con fijeza. Luego sonrió, dejando caer su ancha mandíbula con desgana.

—¿Se refiere a la muerte de Random Lee? —preguntó—. Bueno, puede ser un accidente... o algo peor. Para eso estoy aquí. Supongo que todos ustedes conocían bien al difunto.

—Así es, señor —afirmó Edna Keller con sencillez—. No era un buen compañero. Pero

le conocíamos.

El policía se aproximó a ella un par de pasos. Arrugó el ceño.

—¿Qué quiso decir con eso de que «no era un buen compañero», señorita? —se interesó el oficial de Homicidios.

—Justamente lo que dije —suspiró la joven—. Me gusta ser sincera. Lamento su muerte como lamentaría la de cualquier ser humano. Pero no le lloraré, eso seguro.

—¿Por qué, señorita? —insistió el policía—. ¿No era buena persona?

—No —corroboró ella, tajante—. No lo era.

—¿Puede darme alguna razón para tener ese criterio de él? —insinuó suavemente.

Edna parecía repentinamente en apuros. Tal vez había pecado de impulsiva y ahora se lamentaba de su propia sinceridad. No sé por qué, acudí en su ayuda. Yo, que era el menos indicado para buscarme complicaciones.

—La señorita Keller tiene razón —apoyé—. Ayer mismo tuve que pegarle delante de todo el mundo. Y no me arrepiento de ello.

—¿De veras? —el policía me estudió con vivo interés—. Vaya, parece que el señor Lee no era muy estimado aquí...

—Era servil con sus superiores y tiránico con sus inferiores —apuntó

otro empleado, precisamente Murray Lavers, el joven acompañante de Edna—. Eso lo explica todo, ¿no?

—Quizá — aceptó el capitán Craig encogiéndose de hombros. Miró al que había hablado, luego a Edna, y finalmente a mí. Entonces dejó caer unas pocas y frías palabras—: Pero no termina de explicar que alguien pudiera asesinarle en una casa en construcción situada en una zona poco frecuentada de Queens.

—¿Asesinarle? —pareció horrorizarse el joven Lavers—. ¿Está seguro de eso, señor?

—No, no estoy seguro de nada... todavía —suspiró el oficial de Homicidios—. Sólo poseo unos pocos indicios nada claros. Ignoro aún si busco a un testigo... o a un asesino.

—¿Qué quiere decir con eso? —me interesé—, ¿Hay algún testigo de la muerte de Random Lee?

—Podría haberlo —admitió él, sacudiendo la cabeza — Una mujer.

-Ahora sí. Sentí un escalofrío que recorría mi espina dorsal como una descarga de alto voltaje. Me dominé lo mejor posible e intenté mostrarme sólo un poco curioso.

—Una mujer... —repetí—. ¿Había una mujer en el lugar del suceso?

—Parece evidente. El difunto Lee tenía relaciones íntimas con una mujer llamada Maggie Edwards, lo he comprobado. Pues bien, en el edificio en obras donde halló la muerte, aparentemente en una caída desde un alto piso, han sido encontrados, no lejos del cadáver, un pañuelo femenino, perfumado, con las iniciales M. E. Y un tacón de zapato, desprendido de éste, de piel color marrón claro. Eso parece la evidencia de que esa mujer, Maggie Edwards, estuvo allí al morir Lee. Pero ignoramos si presenció su muerte... o si participó en ella de alguna forma.

—¿Por qué no la interrogan a ella sobre eso? —sugerí, con cierta estupidez.

El capitán Craig me miró como si le hubiese insultado. Su réplica fue brusca:

—¿Cree que tiene que enseñarme mi oficio, señor? Ya lo hemos intentado. Pero Maggie Edwards ha desaparecido sin dejar rastro. No está en su casa ni en ningún sitio de los que habitualmente frecuenta.

Eso es lo que me hace sospechar que estamos ante algo más que un simple accidente. Accidente que, por cierto, sería hartó extraño, teniendo en

cuenta que un hombre de su profesión y costumbre no tenía por qué estar en una casa en construcción, a medianoche, en Queens, y sufrir un estúpido accidente, cayendo a un hueco de una docena larga de pisos de altura, donde halló la muerte. ¿Qué hacía allí ese hombre? ¿Estaba solo? ¿Le acompañaba la mujer? ¿Fue a reunirse con otra persona y la mujer estaba cerca, presenciando lo que allí sucedió? ¿Por qué eligió, en ese caso, semejante lugar para una cita? Son muchas preguntas sin ninguna respuesta razonable por el momento. De ahí las sospechas de nuestro Departamento. Que unidas al hecho aún sin aclarar de la desaparición de otro empleado de esta empresa, amigo por otro lado del propio Lee, no hacen sino prestar más oscuridad y misterio a estos hechos. Por eso estoy aquí ahora, señores. Para, con su ayuda, tratar de aclarar lo que realmente pudo ocurrirle a ese hombre la pasada noche.

Tras esa larga perorata, el capitán Craig nos rogó a todos que fuéramos lo más comprensivos que nos resultara posible con su labor, y atendiéramos unas pocas preguntas al respecto.

Por lo que a mí respecta, insistió bastante sobre mi pelea con Random Lee el día anterior, así como con mis relaciones laborales con él y con el desaparecido McKenna. Me porté bastante bien, y terminó dándome las gracias y haciendo pasar a Edna Keller para proseguir su turno de interrogatorios. En ningún momento me hizo pregunta alguna embarazosa ni preocupante, y me sentí bastante aliviado al abandonar el despacho que le habilitara la empresa para entrevistarnos. De todos modos, el tal Craig parecía un hombre obstinado, eficiente y tenaz, aunque no muy brillante. Convenía tenerle en cuenta para no cometer algún error irreparable.

Aquella misma tarde, antes de abandonar el edificio, entré en el despacho de Dona Sondergaard, pretextando un asunto profesional. Apenas cerrada la puerta, me acerqué a ella y le referí mis recelos respecto a la presencia del capitán Craig en la empresa.

Asintió Dona en silencio, me estudió preocupada y confesó en voz baja:

—Yo también estoy preocupada, Kent. Esa mujer, Maggie Edwards... no sabíamos nada de ella.

—No, nada —admití.

—¿Crees que estaba anoche en aquella casa?

—No sé. No vi a nadie.

—Pero ¿es posible que estuviera?

—Es posible, sí. Estaba todo muy oscuro. Creí que él estaría solo...

—Quizá te vio golpearle...

—Quizá —admití con un resoplido—. O quizá no vio nada.

—Pero ha desaparecido...

—Puede que le asustara encontrar muerto a su amante. Hay gente que siempre tiene algo que ocultar. Ese pudo ser el caso de la mujer.

—¿Por eso supones que perdió un tacón de su calzado y un pañuelo con sus iniciales?

—Sí, es posible.

—Kent, ¿has pensado que esa mujer... podría ser la depositaria del original de la carta?

Afirmé despacio. Me miré las manos. Temblaban ligeramente.

—Sí —dije—. Lo he pensado.

—Dios mío... —retorcí sus dedos entre sí, nerviosamente—. Es como una maldición.

Un hombre muere y surge otra amenaza. Muere otro, y la amenaza persiste...

—Tal vez si la encontramos a ella antes que la policía... la amenaza termine —sugerí sombríamente.

—¿Qué... qué dices? —susurró Dona, aterrada, dando un paso atrás y mirándome con estupor—, ¿Estás sugiriendo algo... espantoso, Kent?

—Tal vez. Hay dos caminos si ella aparece: comprarle la carta y su silencio por la suma que ella fije, como intentó Random Lee. O...

—¡Calla! —suplicó ella, aferrándome las manos con crispación—, No

sigas, Kent, por favor...

La miré fijamente. Sabía que todo esto era atroz, que me iba hundiendo más y más en el fango movedizo de la crueldad, del miedo, de la desesperación que conducen irremisible a un crimen, a otro...

—¿Te da miedo ahora? —gemí—. Es demasiado tarde para eso. Dona.

—Lo sé —dijo amargamente, reclinando su cabeza en mi pecho—, Pero no puedo evitarlo, Kent. Hemos ido demasiado lejos...

—Así es. Y no podemos retroceder —suspiré, besando su mejilla, sus cabellos, y apartándola luego vivamente—. Me voy. No debemos permanecer demasiado tiempo juntos a partir de ahora, Dona. Nadie debe de pensar mal de nosotros, estando ese oficial de policía por estos alrededores.

—Pero, Kent, yo te necesito... ahora más que nunca.

—Y yo a ti —confesé con un resoplido de amargura y de pesar— Pero es muy peligroso para los dos...

—Kent, necesito estar contigo otra vez... esta misma noche... Mañana vuelve Osmond, a menos que lleguen a él noticias de lo sucedido y anticipe su regreso de Albany...

—Por tanto, no puedo ir a tu casa. Es un riesgo terrible. Ni tú a la mía. Podría suceder que nos vigilaran a todos los que tuvimos alguna relación con Random Lee...

—Kent, es preciso que vivamos juntos estas horas. No podría soportarlo. Esta espera, la llegada inmediata de Osmond... ¡Kent, tenemos que estar juntos aunque sea por última vez en mucho tiempo! Hemos de hablar, de preparar una estrategia por lo que pueda suceder en próximos días...

—Está bien, Dona —acepté, incapaz de resistir algo que ella me suplicara—. Esta noche. En el apartamento de costumbre. Adopta las mayores precauciones. Tienes que estar absolutamente segura de que nadie te sigue ni vigila... Yo también extremaré mis medidas, por si acaso... Ahora me voy, Dona. He pasado demasiado tiempo aquí contigo.

La besé con rapidez y abandoné la oficina despidiéndome en voz alta con mi tono más respetuoso y profesional para que pudieran oírme los demás.

Aquella tarde, cuando abandonaba el rascacielos de la AW-TV 2000, no pude dejar de notar la presencia inquietante del capitán Craig, sentado en el interior de un coche oficial, aparcado ante la puerta del edificio, junto a otro agente de paisano que se acomoda ante el volante del vehículo. Ambos parecían estudiarnos a todos y cada uno de nosotros con la atención con que un entomólogo lo haría con sus ejemplares de insectos coleccionados amorosamente.

Cuando sus fríos ojos grises se cruzaron con los míos, inclinó ligeramente la cabeza en señal de salutación, esbozando una sonrisa que no supe si era amable o más bien irónica.

Me dije a mí mismo que tendría que vigilar muy de cerca mi imaginación y no dejarme guiar por ella.

Aquella noche, Dona y yo nos reunimos en el apartamento habitual, aquel en que ella matara a Spencer McKenna, para una noche apasionada de amor, para unas horas de fiebre sensual inextinguible.

Y también para enfrentarnos por tercera vez a la faz descarnada de la muerte. Pero eso no lo podía yo imaginar cuando nos reunimos allí tras tomar toda clase de medidas para no ser vigilados por la policía ni por persona alguna.

Nadie nos siguió, ciertamente. No hacía falta.

La Muerte nos esperaba ya allí dentro, en nuestro nido de amor... Y pronto iba a encararme con ella por tercera vez en pocos días...

CAPITULO VI

—No os mováis. Ni un pequeño intento de nada, u os mato a los dos, bastardos.

Fue una voz helada, dura, incisiva, casi brutal. Dona lanzó un grito agudo de terror y pareció convertirse en hielo entre mis brazos aquel cuerpo que poco antes era abrasador y voluptuoso.

Giré la cabeza, en el límite del espanto, creyendo vivir de nuevo la atroz pesadilla iniciada con la aparición de Spencer McKenna y su cámara fotográfica. De nuevo habíamos sido sorprendidos en plena escena de amor, nuestros cuerpos desnudos entre las sábanas revueltas.

Esto era peor. Infinitamente peor que aquello, por raro que pudiera parecer tal cosa.

Porque la persona que acababa de irrumpir en el dormitorio del apartamento convertido en nuestro nido de amor, era Osmond Sondergaard en persona. El marido de Dona.

Y no empuñaba una cámara fotográfica, sino una pistola provista de silenciador.

Nos estaba apuntando con ella. Su rostro era una helada máscara de odio, de despecho y de rabia.

—¡Osmond, no, Dios mío! —sollozó ella con voz rota.

Yo no dije nada. Me cubrí con una sábana, tras dejar que ella se tapase con otra. De nuevo aquella horrible sensación de ridículo volvió a invadirme. Pero esta vez con una mezcla de terror sutil y electrizante. Ya no se trataba solamente de un amor culpable de adulterio, sino manchado con la sangre de dos muertes violentas, un homicidio intencionado y otro involuntario. Pero homicidios ambos, a fin de cuentas.

Ahora, por si era poco, allí estaba él, el todopoderoso Osmond Sondergaard, con su enorme, adiposa humanidad, con su rostro entre bobalicón y siniestro, su aire displicente y cruel. Y con aquella pistola que en cualquier momento podía volarnos la cabeza a ambos, con toda clase de atenuantes para el asesino, burlado por su esposa y por un empleado de su propia empresa.

—Muy bien —dijo lentamente aquel hombre grueso y sensual, mezcla indescrptible de unos cuantos monstruos sagrados del Hollywood de otros tiempos—. Como esperaba, aquí os tengo a los dos. En plena traición, sin excusa ni pretextos. ¿Vais a decirme algo mejor que pedir por vuestras miserables vidas, querida esposa?

—Osmond, ¿cómo has podido... cómo has podido saber...? —comenzó ella, angustiada.

—Eso te importa poco, querida —rió Osmond, sarcástico—. Lo cierto es que os he sorprendido y es suficiente para mí. Puedo mataros sin sentir el menor remordimiento por ello.

—No lo haga —le pedí roncamente—. No a su esposa, señor Sondergaard. Yo soy aquí el único culpable. La seduje. Si hizo esto, fue engañada, contra su voluntad...

—No diga estupideces —rió agriamente Sondergaard—, No parecía hacer nada contra su voluntad... Si no fuese porque es usted un miserable traidor y un asesino, casi alabaría su caballeridad. Pero no estoy ahora para eso. Voy a mataros. A los dos.

—Eso será un doble crimen, diga usted lo que diga —me atreví a acusarle.

—Me tiene sin cuidado lo que sea —rió malignamente, entornando sus ojos porcinos con gesto despectivo, haciendo un ademán con su mano armada—. Vais a hacer un feo cuadro cuando os encuentren aquí a los dos, en vuestra propia sangre... Pero nadie podrá reprocharme nada, querida. Habré limpiado mi honor, eso es todo.

—¿Tu honor? —replicó ella agriamente—. No sabes lo que es eso, Osmond. ¿No será más cierto que pretendes librarte de mí para vivir tus asquerosas aventuras de homosexual?

—¿Qué estás diciendo? —bramó Sondergaard, mirándola con enorme asombro.

—Sé todo eso, Osmond. Todo —silabeó ella, rabiosa, dejando caer la sábana para mostrarse gloriosamente desnuda ante su marido burlado—. Mi cuerpo no te dice nada.

Es otra clase de deseos los que te atraen, ¿no es cierto? Aberraciones como las que nos contó a los dos Spencer McKenna, querido mío...

—¿McKenna? —bramó Osmond, perplejo el gesto—, ¿Qué diablos te

dijo ese puerco?

—Bien lo sabes tú —dijo Dona, en pie sobre el lecho, señalándole acusadora, como si fuese ahora ella quien hubiera sorprendido a su marido en una situación comprometida.

—McKenna nos reveló todo antes de que yo lo matase, hijo de perra... ¡Ahora, Kent, pronto...!

Y de repente, con una rapidez increíble, la vi lanzar algo contra el rostro de su marido.

Aprovechando la confusión del momento, Dona había tomado de la mesilla de noche un frasco de perfume suyo, que se estrelló contra la cara de Osmond Sondergaard.

Este retrocedió, con un grito ronco, al sentir el impacto del frasco, de frágil vidrio, que se hizo añicos contra su pesado rostro, derramando el líquido de intenso aroma sobre las cejas y ojos del magnate. Este rugió, cegado momentáneamente, y disparó su arma.

El disparo salió alto, en dirección al techo, mientras un ahogado «ploc», semejante al descorche de una botella de champaña, sonaba en la habitación.

Yo había entrado ya en acción cuando ella gritó advirtiéndome de lo que pensaba hacer. Me arrojé sobre Sondergaard sin perder tiempo, mientras ella arrojaba el frasco de perfume y él disparaba su arma. Atenacé su muñeca armada, y nos enzarzamos en una brutal pelea. Aunque mi fuerza física era notable, dada mi afición a las prácticas deportivas, aquella mole humana era dura de pelar. Intentó disparar de nuevo su pistola contra mí, a quemarropa, mientras ambos forcejeábamos a la desesperada, yendo de un lado a otro de la habitación. Yo me sentía ya de nuevo espoleado por una furia ciega que me convertía en un adversario sumamente peligroso. Logré apartar el arma de mi cuerpo, seguir el forcejeo con aquel gigantón adiposo, y doblarle la mano armada, empujándole contra el muro.

Me pegó un rodillazo brutal en las ingles, pero soporté el dolor y le seguí acorralando e intentando evitar que volviera a dirigir el arma contra mí. En pleno forcejeo, creo que presioné en un momento dado el dedo y el gatillo que él apretaba. Sonó otro seco «ploc»

brusco. Le vi dilatar los ojos bruscamente, y el corpachón tembló en mis brazos.

Luego, de repente, noté que se tornaba flácido, falto de resistencia y fuerza física.

Solté sus manos, aterrado. Los dedos de Osmond dejaron caer la pistola silenciosa. Me miró con ojos vidriosos, giró sobre sus talones, dando media vuelta en una pirueta final, como si quisiera escapar de mí. Pero era demasiado tarde para intentar nada.

Le vi doblar las rodillas, empezar a caer... Tenía sangre en su camisa, en su chaleco. Al

doblarse en el suelo, también vi un redondo manchón de sangre en torno a un orificio de su espalda.

Comprendí. Le había matado.

Al apretar su dedo y el gatillo, se le disparó el arma a quemarropa. La bala le había atravesado, saliendo por la espalda. Jadeó algo roncamente, la mirada perdida en el vacío, lejos de mí, como si ni siquiera pretendiera acusarme de nada:

—Ase...si...no... —jadeó.

Cayó de bruces, con una tos seca. Cuando golpeó sordamente la moqueta, supe que estaba muerto. Por segunda vez, aquel apartamento había sido escenario del asesinato de un hombre.

El marido de Dona había muerto a mis manos. Retrocedí, horrorizado. El cuerpo desnudo de Dona apareció como por parte de magia entre mis brazos, pegándose a mí, estremecido.

—Le has matado, Kent... —susurró — ¡Le has matado! Ahora sí somos libres los dos...

para siempre, amor mío...

Hubiera querido que me besara en ese momento, para darme fuerzas. Incluso hubiera deseado hacerla mía, delante del cadáver de su propio marido, tal era mi estado de excitación y de crispación nerviosa, mi demencial frenesí de violencia. Pero no pude. En vez de ello, solté a Dona y corrí al cuarto de aseo, vomitando en el lavabo.

Pero eso no me hizo sentir mejor. Era un asesino. Ahora lo sabía. Un asesino completo.

La horrible carrera de sangre iniciada una noche allí mismo, cuando

ella clavó unas tijeras en la espalda de un hombre, continuaba frenética, conduciéndome sin duda alguna a un espantoso destino final.

Cuando Dona me sacó del cuarto de aseo, estaba llorando como un niño. Llorando por lo que había sido capaz de hacer. Y por lo que, quizá, podría hacer en el futuro. Ahora ya importaba poco matar otra vez. Era fácil. Demasiado fácil matar. Y eso es lo que me daba miedo y horror de mí mismo...

* * *

El cadáver de Osmond Sondergaard fue encontrado por la policía dentro de su propio coche, en una zona poco frecuentada, al sur de Manhattan. Tenía aún en sus manos la pistola con que se había matado, provista del silenciador correspondiente.

La primera información publicada por los diarios fue de un posible suicidio del magnate, por causas ignoradas. El hecho de que el cadáver oliera fuertemente a perfume femenino, se atribuyó a la existencia de alguna mujer en su vida, al margen de su vida matrimonial. Hasta que la autopsia no fuese efectuada, la policía no se pronunciaba al respecto.

A Dona y a mí nos costó bastante deshacernos esta vez del cuerpo de la víctima, mucho más grande y pesado que el de McKenna, aunque no fue preciso arrojarle al río, limitándonos a dejarle dentro de su coche, fingiendo un suicidio.

Nos separamos rápidamente, yendo a nuestros respectivos alojamientos para tener una coartada para la noche del crimen, y esperamos con impaciencia el resultado de las

pesquisas policiales.

Inicialmente, hubo cierta fortuna a nuestro favor, porque la especie, vertida por Dona, de que su marido estuviese mezclado en relaciones homosexuales, pareció confirmarse mediante otras declaraciones, y se pensó en un posible suicidio por celos entre gente del mundo «gay». Si la teoría de un crimen prosperaba, también los maricas podrían ser involucrados en ello, pensé con cierto alivio.

Pero la muerte de Osmond Sondergaard había significado un repentino revulsivo en mi vida. Y también en mi ciega pasión por su esposa.

De repente, el miedo era en mí mayor que ningún otro sentimiento, incluido el deseo sexual. Estaba tan asustado, tan sumergido en un clima de horror, de autodesprecio y de miedo a mi pasión por Dona, que empecé a apartarme de ella.

Fue un sentimiento débil al principio. Paulatinamente, fue creciendo con los días. Ya no entraba apenas en su despacho. Rehuía entrevistarme a solas con ella. No aceptaba citas ni encuentros clandestinos. Mi frialdad empezó a ser tan perceptible, que incluso despertó su ira.

Recuerdo que a los dos días de la muerte de su marido a mis manos, me tropecé con ella en un corredor de la empresa. Me detuvo, cerrándome el paso. Sus ojos eran fríos, casi crueles al mirarme.

—Tenemos que hablar tú y yo, Kent —dijo con voz glacial.

—Creo que no. Es mejor no hablar ahora —repliqué.

—¿Por qué no? Podemos vernos a escondidas, como siempre. Nadie sospecha de ti ni de mí.

—¿Qué importa eso? Yo sé que lo hice. Es suficiente.

—Oh, Kent, por el amor de Dios, ¿qué te ocurre? Yo también hice algo, ¿lo has olvidado? Luego, por protegerme, murió otra persona sin tener tú culpa en ello.

—Mientes, Dona. Nos engañamos a nosotros mismos. Tuvimos culpa en todo. En las tres muertes —miré a mi alrededor—. Tú lo sabes tan bien como yo.

—Bueno, ¿y qué? —se exasperó—. Es tarde para volverse atrás. Tú lo dijiste. Debemos seguir adelante. Hasta el fin.

—No, Dona. No me gusta esto. Hemos llegado demasiado lejos.

—Ya no hay vuelta posible.

—Quizá no. Pero no quiero que mueran otras personas. No, nadie más. Ya es suficiente con la sangre derramada, por Dios. Todavía anda suelta por ahí una mujer que sabe demasiado tal vez, que puede acusarnos un día. No quiero tener que matarla también. Es mejor que nos separemos ahora, Dona. Sigue tu camino, tu vida. Encontrarás otros hombres. Eres hermosa, rica, viuda...

—Kent, no te conozco —me acusó fríamente—, ¿Insistes en romper lo nuestro?

¿Definitivamente?

—Está todo muy confuso aún, pero... sí, creo que es lo mejor, Dona. Lo mejor para los dos. Así nadie sospechará nunca nada. Adiós, Dona. Creo que me despediré uno de estos días de la empresa. Lo siento...

Trató de retenerme aún. No la dejé. Seguí adelante, sudoroso, pálido, temblándome manos y piernas. Había sido difícil. Pero lo había conseguido. Era extraño que una pasión tan absorbente, tan culpable y tan abrasadora, hubiera dado de pronto paso a una

frialdad semejante, a un miedo tan profundo y visceral a aquella hermosa mujer que, pese a todo, aún seguía enloqueciéndome de deseos.

Pero ahora podía reprimirlos, vencerlos. Esperaba poder seguir así. Si aquella repentina y extraña fuerza interior que me permitía controlar mis sentimientos continuaba acompañándome, sabía que podría desprenderme, aunque demasiado tarde por desgracia, del nefasto influjo que mi pasión por

Dona había sido capaz de engendrar, influyendo fatalmente en nuestros destinos y en los de tres seres muertos violentamente a nuestras manos...

Al día siguiente a aquel en que yo fui capaz de enfrentarme victoriosamente a la tentación que representaba Dona, ocurrieron varias cosas decisivas en la AW-TV 2000.

Una de ellas, fue el informe de la autopista del cuerpo de Osmond Sondergaard.

La otra, un intento de asesinato.

Y esta vez, no fui yo el autor... sino la víctima.

CAPITULO VII

La primera sorpresa fue la llamada telefónica que recibí de parte del capitán Craig, de Homicidios, para que acudiese a ser interrogado por él en su Departamento, a la luz de nuevos acontecimientos. Primero me sentí profundamente inquieto. Más tarde, me tranquilizó saber que yo no era el único en recibir tal llamada, sino que muchos de mis compañeros, incluidos Edna Keller y el joven Murray Lavers, el secretario personal de Osmond Sondergaard, Wesley Grenna, y Brian Cabot, un empleado de mi mismo Departamento, dependiendo directamente de Dona Sondergaard, igual que yo, habían sido citados por el oficial de policía en su despacho. Lo que sí me sobresaltó, y mucho, fue el modo que tuvo de terminar su charla conmigo el capitán Craig:

—Ah, por cierto, señor Jeffords, ya tenemos la evidencia de que no fue suicidio la muerte de su jefe, el señor Sondergaard — y añadió, mientras yo me estremecí, apretando con fuerza el teléfono—: Fue asesinato, sin lugar a dudas. La trayectoria de la bala que lo mató, lo prueba sin lugar a dudas. Bien, nos veremos, señor Jeffords.

Y colgó, dejándome de una pieza.

La trayectoria de la bala... Pensé sobre ello. ¿Qué diablos quería decir con eso el capitán Craig? Yo había disparado aquel arma, le había atravesado con un proyectil de su propia pistola. Pero eso no podía marcar la diferencia entre suicidio o asesinato...

Traté de apartar de mi mente las palabras del capitán Craig, no sin ciertas dificultades. Y

seguí mi jornada de trabajo normalmente, hasta que de nuevo sonó mi teléfono. Esta vez era ella. Reconocí en seguida la voz de Dona por el auricular:

—Señor Jeffords, ¿ha sido usted citado también por el capitán Craig?

—Sí —respondí brevemente—. ¿Usted también, señora?

—Así es. Podríamos cambiar impresiones antes de acudir a esa cita, ¿le parece?

—No lo creo necesario. Si es una orden...

—No —cortó seca, fría—. No es una orden. Olvídelo, señor Jeffords.

Colgó bruscamente. Me quedé mirando el teléfono de mi mesa y lo puse lentamente en su horquilla. Edna Keller me estaba mirando desde su mesa. Le sonreí y continué con mi tarea.

Me pasaron a firmar unos cuantos documentos de la sección, por orden de Dona Sondergaard, como de costumbre. Los firmé rutinariamente, y miré el reloj. Ya eran casi las cinco. A las seis tenía mi cita con el capitán Craig.

Recogí mi chaqueta y fui al lavabo cuando sonaba el timbre dando por concluida la jornada. Cuando salí, ya caminaban en tropel los empleados hacia la salida, como cada día. Me quedé atrás, encendiendo un cigarrillo y meditando. No me gustaba soportar de nuevo las preguntas de aquel policía, pero no había otro remedio, desgraciadamente.

Me quedé solo en el largo corredor que conducía a los ascensores del rellano.

Solamente otro compañero apareció por la puerta vidriera de las oficinas, con su chaqueta al brazo. Me agitó una mano, sonriendo. Era Brian Cabot, de mi departamento.

—Hola, Brian —sonreí — , ¿Cuándo te ha citado ese policía?

—A las siete —dijo, sonriendo. Señaló la amplia vidriera que asomaba a la calle, desde esa altura. Nuestros compañeros se diseminaban por la ancha acera como hormigas—. De

todos modos, nos vigilan de cerca esos sabuesos. Mira su coche.

Asentí, mirando a la calle por una de las vidrieras, que estaba abierta para permitir el paso del tibio aire de la tarde, aunque maldita la falta que hacía eso, estando el aire acondicionado dentro de las dependencias de la empresa.

Allí estaba el coche-patrulla aparcado, en la acera opuesta, a una manzana de distancia.

La policía no perdía de vista el edificio de la AW-TV 2000. Ni a nosotros. Era una sensación angustiosa para mí.

Permanecí absorto, contemplando la calle, la gente, el coche-patrulla. De repente, comencé a hablar, volviéndome hacia Cabot

distraídamente:

—Son como buitres que... —me detuve, horrorizado.

Tuve el tiempo justo de apartarme a un lado, lanzando

un grito ronco de asombro y horror. Brian Cabot pasó junto a mí como una centella, con sus manos por delante, empujando al vacío. De no haberme vuelto yo tan a tiempo, sería a mí a quien estaría empujando ahora hacia la calle.

Salvó el hueco de la vidriera abierta, por su propio impulso, y empecé a comprender demasiado tarde por qué había quedado abierta: para arrojarme a mí por ella.

Fascinado, contemplé aquel bulto humano que se perdía en el abismo de cemento y asfalto, hasta chocar brutalmente con la calzada, entre varios coches. Un coro de alaridos y un revuelo formidable en torno, acogió la calda de mi compañero Cabot. Sudoroso, convulso, me aparté del hueco con rapidez para no ser visto, sintiendo un extraño frío dentro de mí.

Acababa de salvarme de una muerte atroz por pura casualidad. Brian Cabot me hubiera lanzado al asfalto fatalmente, de no girar yo la cabeza tan a tiempo. Ahora, era él quien estaba allá abajo, reventado en plena calle, quizá sin entender del todo lo que había sucedido.

—Dios mío... —jadeé, angustiado, convulso—. ¿Por qué? ¿Por qué...?

Rápidamente, me dirigí a los ascensores. Penetré en uno que estaba casi lleno, y empezamos a descender. Abajo seguía el pandemónium y, seguramente, ya en esos momentos subían muchas personas para averiguar lo ocurrido en el piso alto del edificio que habla provocado la mortal caída de un hombre a la calle.

Cuando pisé el enorme vestíbulo del edificio, en compañía del resto de los ocupantes del ascensor, la confusión era enorme. Había gente, empleados, amigos, policías, formando una densa multitud agitada y nerviosa. Sirenas policiales ululaban en las calles, aproximándose.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, haciéndome el inocente.

—Alguien ha caldo desde arriba a la calle —me explicó un compañero—. No sabemos quién es, está totalmente destrozado... ¿No has oído nada mientras bajabas?

—No, nada —me limité a decir, encogiéndome de hombros y saliendo a la calle. Me aproximé al lugar del impacto, dominando mis emociones. Sólo vi un reguero de sangre, brotando de debajo de una chaqueta que alguien había tendido compasivamente sobre la cabeza de Brian Cabot.

Seguí adelante, como sonámbulo. Vi a Edna Keller, sollozando en brazos de su joven amigo y enamorado, Murray Lavers. Miré arriba en ese momento, no sé por qué.

El corazón me dio un vuelco. Tras la vidriera del despacho de Dona Sondergaard había

vislumbrado un hermoso rostro de mujer, asomado a la calle. Fue una visión fugaz. Desapareció en seguida. Estaba seguro de que su expresión en ese instante era fría y casi cruel.

* * *

El interrogatorio del capitán Craig fue más breve y menos temible de lo que imaginaba.

El hecho de haber sido informado en aquel mismo momento de la muerte de un empleado, a quien se había identificado como Brian Cabot, en una caída a la calle, propició que se ocupara más de la muerte de Cabot que de la del propio Sondergaard.

Tuve que decirle que, ciertamente, yo era amigo y compañero de Cabot, y que no le había visto en los últimos minutos, al salir de las oficinas, ni tenía por qué haber una vidriera abierta, a esa altura, y dadas sus dimensiones, habiendo aire acondicionado en el edificio. Pareció conformarse con esas respuestas y me despidió, dándome las gracias.

Pero antes de ello, me espetó lo que yo aún no sabía, ya con una mano en el pomo de la puerta de su despacho, con la más amable y cortés de las sonrisas:

—Ah, Jeffords, me olvidaba decirle por qué sabemos ya que Osmond Sondergaard fue asesinado y no se suicidó... La bala que le mató no entró *por delante*, como parecía inicialmente, dada la posición del arma en su mano, sino que entró *por detrás*, saliendo luego el proyectil *por delante*. Además, difícilmente podía matar a nadie con la pistola que llevaba: ¡su carga era de cartuchos de fogueo!

Y cerró la puerta, tras salir yo al corredor.

La luz de la linterna recorrió de nuevo los papeles dispersos sobre la mesa de vidrio ahumado sostenida por metal cromado. Mis manos enguantadas removieron todos los documentos una y otra vez, sin hallar nada especial en ellos.

Rodeé la mesa, probando a abrir los cajones de la mesa. Todos cedieron sin dificultad, excepto uno, que se resistió a mis esfuerzos. En ellos no encontré sino nuevos documentos relativos a la empresa de televisión por cable, y nada más.

Desesperado, forcejeé de nuevo con el cajón que no cedía. Estaba cerrado con llave.

Busqué por encima de la mesa, hasta dar con el cortapapeles. Lo utilicé para forzar la cerradura, que saltó tras varios esfuerzos, no sin partir en dos la hoja de delgado acero del cortapapeles. Tiré éste con rabia y abrí la gaveta.

Sólo contenía un portafolios de piel con las iniciales O. S. Evidentemente, era donde Dona guardaría quizá documentación más confidencial de aquella entidad, pensé con cierto desaliento, pero comenzando a pasar las hojas que contenía.

Pegué un respingo al ver una hoja mecanografiada, con mi firma al pie. Respiré hondo.

Aquel documento yo *nunca* lo había firmado, estaba seguro de ello.

Pero, naturalmente, yo firmaba muchos papeles, copias y originales, sin mirarlos la mayoría de las veces, puesto que venían de manos de Dona, directamente. Miré la firma.

Con atención, a la luz de la linterna primero, y luego a la del flexo situado sobre la mesa, cuya cruda claridad blanca reveló la legitimidad indudable de mi letra y rúbrica.

Dirigí los ojos al texto mecanografiado. Su principio fue revelador para mí, y heló la sangre en mis venas:

«Yo, Kent Jeffords, en pleno uso de mis facultades mentales, pero acosado por los remordimientos, hago esta confesión antes de poner fin a mi vida...»

Con las manos estremecidas por el horror, seguí leyendo todo aquello.

Era una minuciosa confesión, en la que me acusaba de los asesinatos de Spencer McKenna, Random Lee, Osmond Sondergaard... Según esa confesión, yo deseaba hacer mía a Dona Sondergaard, de quien estaba locamente enamorado, y al ser rechazado por ella, traté de deshacerme de personas que me estorbaban en mis planes para poseerla. Ella ignoraba todo lo sucedido, yo era el único culpable, y razonaba mis crímenes de un modo simplista y, posiblemente, demasiado creíble para la policía: McKenna y Lee habían adivinado mi secreto y me extorsionaban. Yo les maté por eso, llevando luego a cabo mis planes para asesinar a Osmond Sondergaard y fingir un suicidio.

Al comprobar que Dona Sondergaard seguía siendo inaccesible para mí, pensaba matarme arrojándome por una ventana, y terminar así de una vez con mi vida criminal.

Todo ello, con mi firma, sería un documento acusador de primera línea.

Pero yo no estaba muerto. No aún. Ciertamente pude haberlo estado en este momento, si Cabot acertaba en su tarea. Estaba ahora muy claro el juego siniestro de Dona: gracias a mí se había deshecho de todos cuantos la estorbaban. Ahora, era yo el estorbo. Y había sin duda seducido con su astuta perversidad, a Brian Cabot, para ser mi verdugo. Muerto yo, ¿quién iba a discutir la legitimidad de aquella confesión firmada?

Ahora, muchas cosas tenían sentido. Cuando yo disparé sobre Sondergaard, no le hice daño alguno. Era una pistola con cartuchos de fogeo. Alguien, a su espalda, remató al magnate ante mis propios ojos, sin yo enterarme, posiblemente con otra pistola silenciosa. Recordé el cuarto de aseo, del que sólo utilicé el lavabo... La ducha, posiblemente, ocultaba a un asesino oculto, esperando deshacerse de Sondergaard.

Cómo encontró éste el apartamento y por qué usó cartuchos de fogeo, no estaba claro aún. Cabot, sin duda, se ocuparía de ese crimen que me atribuirían a mí después...

Tomé la confesión, disponiéndome a salir del despacho en sombras de Dona, tras aquella correría nocturna mía dentro del edificio de la empresa. Alguien, en ese preciso instante, me arrebató de los dedos el valioso papel, y sentí cómo un arma se apoyaba amenazadoramente en mis costillas.

—Quieto ahí, si no quiere que dispare, Jeffords —dijo con energía una voz que yo conocía bien—. Esta vez creo que le hemos cazado...

Miré, aturdido, en torno mío. Las sombras se habían poblado de figuras sólidas y corpulentas. Se encendieron las luces.

El capitán Craig me encañonaba con su revólver reglamentario. A mi alrededor, otros

tres agentes de paisano, también armados, me cerraban toda posible salida. Miré angustiado a esos hombres. El capitán examinaba ya la falsa confesión, sujetando el arrugado papel con su mano izquierda.

—Por el amor de Dios, no es lo que creen, capitán —gemí—. Es todo una burda trampa, una conspiración miserable contra mí...

—Oh, desde luego —afirmó, sarcástico, mirando mi firma con atención—. Por eso firmó esto antes de pensar en arrojarse a la calle. Sólo que a última hora se arrepintió y tiró a otro, ¿no es cierto, Jeffords?

—¡No, no lo es! —rugí, exasperado—. ¡Cabot quiso matarme a mí, y me aparté cuando él iba a empujarme... y fue él quien cayó!

—Una historia fascinante —rió—. Tiene usted mucha imaginación, Jeffords. Pero no es nada inteligente. Desde el principio sospeché de usted, pero le di cuerda para que usted mismo se ahorcase. Lo que me sorprende es que en esta confesión se haya olvidado de otro asesinato: el de Maggie Edwards, la amiguita de Random Lee...

—¿Qué? —le miré, alucinado—, ¿Ha... ha muerto también?

—Lo sabe usted muy bien, Jeffords —gruñó Craig, encogiéndose de hombros y mirándome con expresión furiosa—. Hallamos su cadáver en Queens, dentro de un colector de basuras... Aún llevaba el tacón de su zapato derecho roto... Le hablan clavado un cuchillo en el corazón, pobre mujer... Si vio la escena en que usted mató a su amante, ya no podía revelarla a nadie, ¿no es cierto?

—¡Yo nunca vi a esa mujer! —clamé—. ¡Nunca maté a nadie, excepto a Random Lee, y aun eso fue una muerte accidental, involuntaria...!

—Contará todo eso al jurado en su momento, Jeffords, aunque dudo que nadie le crea

—me pusieron las esposas, que chascaron agriamente en mis muñecas

—. En marcha, amigo. Debí imaginar que todos los posibles sospechosos eran vigilados de cerca, y usted era el primero de nuestra lista... Venir aquí para recobrar esa confesión que dejó olvidada en un momento de torpeza, fue un gran error por su parte.

—Usted se está dejando manipular estúpidamente, capitán —me irrité—. Esa confesión me la hicieron firmar sin ver siquiera lo que hacía, seguramente en un papel en blanco que luego mecanografiaron con esa sarta de mentiras... Usted mismo puede verlo: Dona Sondergaard era quien tenía esa confesión guardada en su mesa...

—Lo sabíamos —sonrió duramente el capitán de Homicidios, empujándome hacia la salida con escasos miramientos—. Ella misma nos avisó de que la había encontrado en su mesa de trabajo esta tarde, y la había guardado, sin dar crédito a lo que lela...

Estuve tentado de gritarles que ella mentía, que Dona era mi amante, y que ella lo había planeado todo. Pero supe que no iban a creerme, que se reían de mí, y callé, furioso pero resignado, quizá porque en el fondo, no toda la culpa había sido de aquella hermosa y maligna mujer, sino también mía. Mía, por enamorarme ciega y estúpidamente, como un loco, de aquella hembra, fascinadora y astuta. Mía, por dejarme manejar como un pelele en sus manos. Mía, por haber llegado a ser cómplice y encubridor en un asesinato, autor de otro homicidio involuntario por su culpa, y extrañamente mezclado en la muerte de su esposo, dispuesta sin duda por ella misma, en colaboración con un ejecutor que pudo ser Brian Cabot o cualquier otro...

Enmudecí y me dejé sacar del rascacielos, esposado y vencido, camino de la cárcel.

Lo que siguió en aquellas semanas, no fue sino rutinario: declaraciones, negativas por mi parte, con Dona, que mantuvo una sangre fría estremecedora, aunque bastante sorprendida al ver que yo no la acusaba a ella en ningún momento... Traslados de una celda a otra, de un edificio a otro...

Se fijó la fecha de mi procesamiento y fui de nuevo conducido a la Fiscalía y al Departamento de Homicidios para unas diligencias de rutina.

No sé lo que pasó, pero el azar jugó esa vez a mi favor extrañamente. Al salir de regreso a la prisión, tuvo lugar el accidente de coche, aparatoso y violento, en la salida de la ciudad. Mis policías de escolta,

el ayudante del fiscal y el chófer, resultaron conmocionados, tres de ellos inconscientes dentro del coche volcado. Pude abatir al otro con un golpe de mis esposas, quitar las llaves a uno de los policías y escapar antes de que nadie de los que acudían en nuestro auxilio supieran que un acusado de asesinato viajaba allí preso.

Regresé a la ciudad, que me ofrecía más madrigueras que ningún otro lugar en el país.

Y oculto en ella, mientras se me buscaba constantemente y el capitán Craig no descansaba en la tarea de dar conmigo, quizá sin él saberlo, en competencia con los asesinos que Dona Sondergaard pudiese lanzar sobre mi pista para llegar antes que la policía a mi persona, fue transcurriendo el tiempo: días, semanas, meses...

Hasta que al fin, fui localizado por el obstinado capitán Craig y sus hombres, cercado en una zona de Nueva York, y finalmente herido por sus balas.

Ahora estoy aquí, terminando este Diario para que todos sepan la verdad de mi historia, de mi vida en estos últimos y trágicos meses, de mis culpas y también de mis errores y de mi posible inocencia en otras cosas.

El Diario toca a su fin. Es un Diario manchado de sangre, sombrío y cruel. El Diario de un hombre llamado Kent Jeffords, a quien a veces me cuesta reconocer, pese a que sea yo mismo.

Y aún muchas veces me pregunto: «Dios mío, ¿cómo pudo ocurrir esto? ¿Cómo pude cometer tales vilezas? ¿Cómo pudo llegar a cegarme de tal modo esa mujer, Dona Sondergaard?»

Pero mis preguntas no hallan respuesta. No creo que nunca las hallen...

FIN DEL DIARIO DE KENT JEFFORDS

E P I L O G O

Kent Jeffords suspiró, cerrando el libro cuando aún quedaban unas pocas hojas en blanco. Apartó de sí aquel Diario que contenía todas las impresiones personales de sus últimos meses de vida, los más turbulentos y dramáticos de su existencia.

Hacía días que había comenzado a escribirlo. Ahora le parecía que todo ese tiempo no habla transcurrido. Pero no era así. Se sentía

mucho mejor de su herida, más fuerte y decidido, dispuesto a seguir luchando por su vida, por su preciosa libertad, lo único que le quedaba ya en el mundo.

Edna se estaba portando muy bien. Venía regularmente, asegurándole que nadie la seguía, y que tomaba toda clase de precauciones, antes de dirigirse al escondrijo donde Kent Jeffords se hallaba recluso.

Los diarios parecían haberle olvidado bastante en los últimos días. El cerco parecía menos agobiante, pero Kent sabía que existía, que en cualquier momento podía estrangularle de modo inexorable, a poco que se confiara.

Encendió un cigarrillo y fumó en silencio, la mirada perdida en el vacío, la mente muy lejana de aquel refugio donde la claustrofobia actuaba sobre él de modo casi asfixiante.

—Dios mío... —murmuró—, ¿Qué será de Dona, qué estará planeando ahora para sentirse definitivamente libre de mí, que soy el único que puede llevarla a la silla eléctrica o, cuando menos, a presidio para toda su vida?

Interrumpió sus pensamientos al oír chirriar la puerta. Giró la mirada hacia el fondo de aquel sótano oscuro y angosto en que estaba viviendo oculto, con la ayuda de Edna Keller.

Se tranquilizó. Era la propia Edna quien entraba en el recinto, con su habitual bolsa deportiva donde traía los alimentos y medicinas para él, así como periódicos, objetos solicitados y cuanto fuera preciso para su permanencia allí.

—Hola, Kent —saludó con una sonrisa luminosa, como siempre—. Aquí me tienes, como cada día... ¿Todo bien?

—Sin novedad, sí —afirmó Jeffords, con un suspiro de cansancio.

—Eso está bien. Tienes muy buen aspecto, Kent... —se detuvo un momento, con la puerta abierta aún, y le dijo de modo inesperado—: ¿Sabes una cosa? Traigo conmigo a una buena amiga de los dos... Ella te ayudará mejor que yo misma, estoy segura... Ha insistido tanto en venir a reunirse contigo...

Y se hizo a un lado... dejando paso a Dona Sondergaard, que la acompañaba.

Kent pegó un respingo, se incorporó en su litera, muy pálido, y señaló

a la recién llegada con gesto de horror, gritándole a Edna:

—Pero... ¿qué has hecho? ¡Nunca debiste traerla *a ella!* ¡Es *mi* enemiga, la verdadera culpable de *todo!*

Edna se quedó con gesto de enorme asombro, como si no entendiera nada de aquello.

Rápida, antes de que reaccionase ninguno de ellos eficazmente, Dona cerró de golpe la entrada y sacó algo de sus elegantes ropas de abrigo, salpicadas por la llovizna que sin duda caía ahora sobre la ciudad.

Ese algo era una pistola automática, provista de silenciador, con la que encañonó a

ambos sin muchos rodeos, tras pegar un rudo empujón a Edna, que dejó caer al suelo su bolsa de deporte, para mirar con repentino temor a su acompañante.

—¡Pronto, ponte junto a él, muchacha! —ordenó fríamente la viuda de Osmond Sondergaard — . Si no obedeces, disparo a matar.

—Pero ¿qué significa...? —gimió la joven, mirando a Kent con gesto de estupor.

—Fue culpa mía —se lamentó Jeffords amargamente—. Debí leerte mi Diario día a día, en vez de ocultarlo celosamente cuando venías... Así hubieras sabido que lo último que tenías que hacer es traer aquí a esa mujer, Edna...

—Temo no entender nada...

—Por desgracia, vas a entenderlo muy pronto —dijo Kent moviendo la cabeza—. Va a matarnos a los dos, ¿no lo entiendes?

—¿Matarnos? ¿La señora Sondergaard? —se horrorizó Edna, incrédulo su gesto—.

No... |no es posible! ¿Por qué habría de hacer tal cosa una dama como ella?

—¡Díselo tú misma, Dona! —suspiró Jeffords, sombrío, tomando por un hombro a Edna Keller y atrayéndola contra sí, como si aún fuera capaz de evitar lo irremediable—,

¿O ni siquiera te atreves a eso?

—¿Atreverme? —ella soltó una suave carcajada llena de sarcasmo, de fría ironía—.

Vamos, vamos, querido. Sabes que me atrevo a todo...

—Sí, lo supongo. Igual que te atreviste a lo demás: matar a McKenna, a tu marido, a la pobre Maggie Edwards... Sólo puedes culparme a mí de un crimen: la muerte de Random Lee...

—¿Random Lee? —Dona se echó a reír glacialmente. Sus hermosos ojos brillaban con una crueldad inimaginable cuando yo la deseaba como lo único digno de ser poseído en este mundo, en aquellos momentos de inexplicable locura—. Vamos, vamos, no seas necio, querido. Ni siquiera eso llegaste a hacer. La verdad es que siempre has sido un pelele en mis manos, un perfecto monigote a mi servicio... Random Lee no murió aquella noche.

—¿No? —pestañeó Kent—. Pero si yo le arrojé abajo, si vi su cuerpo bañado en sangre...

—Viste que Lee cala por el agujero del ascensor, viste un cuerpo sobre un charco de sangre abajo... Eso es todo. Nunca comprobaste si era realmente Lee o no. Diste por bueno lo que veías, no intentaste imaginar que Lee podía estar bien sujeto cuando le golpeaste, puesto que la oscuridad era allí muy intensa, y que cayó al hueco colgando de unos cables oscuros, y metiéndose en otra planta, bajo el piso donde tú le golpeaste. Al asomar, ya no se vela rastro de él. Pero abajo, alguien había puesto otro cuerpo sin vida, sobre un charco de sangre animal, conducido allí en una vejiga especial. El cuerpo era el de un pobre diablo atropellado en la calle, al que se puso en aquel fondo, con las ropas y documentos de Random Lee.

—Dios mío... —jadeó Kent—. Pero todo eso... ¿por qué? ¿Por qué, Dona, por qué?

—Tenía que hacerlo así, querido —rió ella burlonamente—. Mi plan era muy complicado. Demasiado para un pobre tonto como tú... Encontré en ti al compinche ideal, al hombre fácil de manipular... Me ayudaste bien en la muerte de McKenna, colaboraste en el supuesto asesinato de Random Lee... y también en la muerte de mi amado esposo Osmond

—completó con una carcajada fría y despiadada.

Edna Keller, con gesto de máximo horror, miró a Kent y de modo instintivo apretó sus manos con la de él, como requiriendo su apoyo y

ayuda. El la miró con triste y dolorida sonrisa.

—Lo siento, Edna —susurró roncamente Jeffords—. Por mi culpa te ves involucrada ahora en esto. Tienes delante a una mujer capaz de todo por dinero y ambición, por deseos inconfundibles... En sus manos, fui un juguete absurdo, grotesco... Y ahora, ni siquiera puedo hacer nada por salvar tu vida...

—Exacto, Kent. Nadie, ni tú mismo, puede hacer nada por salvar la vida de esa damita tan bella y servicial... —la mofa era evidente en su tono—. Lo lamento, amor mío. Ahora, ella sabe ya demasiado. Por cierto... ¿cuál es ese Diario del que hablaste antes? No me gustaría que hallasen algo así después de dejaros a los dos camino de la eternidad...

Los ojos de ella se fijaron en el libro de tapas de piel situado cerca de Kent. Alargó su mano izquierda y tomó el volumen con rapidez, apoyándolo contra su pecho.

—De modo que sentiste la tentación de desahogarte y escribir aquí la verdad... o lo que tú imaginabas que era la verdad —dijo, sarcástica—. Otro de tus muchos errores, Kent. Ya nadie leerá tu Diario, te lo aseguro. Sólo yo, antes de quemarlo, haciendo desaparecer para siempre la verdad de este asunto... ¿Por qué nunca me delataste ante el capitán Craig? Tal vez te hubiera creído...

—No podía creerme. No tenía la menor prueba contra ti. Sólo mi palabra. Seguro que te hubiera sido fácil construir coartadas, pruebas a tu favor, a peso de oro. Pensé que no valía la pena. No lo hice por lealtad a un recuerdo apasionado, si es eso lo que piensas.

—Naturalmente —rió ella—. Sé que no me amas. No sientes nada por mí. Eso ya pasó.

Ahora no me hace ninguna falta, porque mi plan resultó. Te utilicé, y me fuiste muy útil, eso es todo. Ahora debo disparar, querido Kent. Lamento este final para vosotros dos.

Aunque parezca romántico, es realmente horrible. Además, tal vez ni siquiera os amáis los dos, ¿no es cierto?

Edna, en ese punto, hizo una confesión inesperada. Se aferró a Kent y manifestó con voz apagada y trémula, mirándole a los ojos al joven herido:

—Yo sí... Yo le amo. Creo que le amé siempre...

—¡Edna! —se sorprendió Kent, volviendo hacia ella su mirada—. Nunca me habías dicho...

—Son cosas que una mujer no quiere confesar... Pero ahora ya no vale la pena callar.

Es mejor que sepas la verdad, si hemos de morir juntos. A mí no me importará terminar así, Kent. Pero quisiera hacer algo por salvarte, lo que sea, ya que involuntariamente he traído hasta aquí a quien va a asesinarnos...

—Mi pequeña Edna... —murmuró Kent, enternecido, apretándola contra sí—. Creo que morir no es tan malo, después de todo, cuando uno tiene a su lado alguien como tú...

—Es patético todo esto —dijo Dona fríamente—. Acabemos de una vez...

Alzó el arma. Iba a disparar. En ese momento, Edna sonrió dulcemente, apoyada en Kent, y dijo unas palabras que a éste le sonaron inexplicables:

—Señora Sondergaard, ¿por qué no se le ocurrió matar también al «Gran Maestro Orlock» para que su plan resultase más perfecto y seguro?

Ocurrió algo asombroso: el arma tembló en la mano de Dona. Sus ojos se dilataron enormemente, con un asombro inmenso, fijándose en Edna Keller como si ésta, de repente, se hubiera convertido para ella en un mágico y peligroso áspid.

—¿Qué... qué has dicho, muchacha? —jadeó—. ¿Cómo sabes tú...?

—¿Que existe un pobre diablo llamado realmente Angus Kellerman, alias «Gran Maestro Orlock»? —rió con suave ironía la joven—. Pues sí, lo sé. Y no sólo eso. Sé todo lo demás sobre usted, señora Sondergaard.

—Maldita pécora... —murmuró con tono apagado y rabioso la viuda Sondergaard—.

No entiendo de dónde has sacado esa información ni de qué esperas que te sirva ya...

¿Qué es lo que sabes? ¡Habla, vamos, habla de una vez!

—No puede obligarme a ello, señora. Después de todo, ya no tengo nada que perder, puesto que me amenaza de muerte y va a cumplir esa sentencia. Pero se lo diré: he hablado con Orlock. Tengo un documento firmado por él con cierta historia de una jovencita artista de circo, llamada Dona Webber, conocida también como «La Bella Medusa» en el ambiente circense de cierta época... Época en que Dona Webber tenía solamente diecisiete años y era ya una consumada y experta hipnotizadora...

—¿Hipnotizadora? —repitió estupefacto Kent Jeffords—. ¿Quieres decir que ella...

posee dotes de hipnotismo?

—Por supuesto, Kent —afirmó Edna, segura de sí—. A ello se dedicó desde niña, y así conquistó a Osmond Sondergaard en una fiesta de alta sociedad a la que fue contratada con su maestro, el pobre Orlock, que ahora arrastra su arte por barracones de feria. Del mismo modo, ya puedes suponer cómo logró cegar de pasión a personas como tú...

—Hipnosis... —repitió de nuevo Jeffords, viendo claro al fin—. ¡Me hipnotizaba para que estuviese loco por ella!

—Y para que hicieras lo que ella quería: ayudarla en un crimen, tratar de matar a otro hombre, disparar sobre un tercero, hundirte hasta el cuello para ayudarla a ella en sus planes criminales... Si, Kent. Ese era el gran secreto de tu extraña pasión por ella, que tan inexplicablemente se apagó después, cuando ya no era necesaria: hipnosis. Un arte que ella dominó siempre a fondo...

—No sé cómo llegaste a saber eso, pero te llevarás ese secreto a la tumba —amenazó Dona fríamente.

—¿Piensa que sabiendo eso de usted la traje aquí ingenuamente, para que matara a su obligado cómplice en tanta felonía? —sonrió Edna, irónica—. Vamos, vamos, señora Sondergaard, no sea tan poco inteligente ahora...

—¿Qué quieres decir? —vaciló la viuda—. Estás mintiendo. No pudiste hacer nada...

—Sabe que sí. Y lo hice. Este lugar está ahora rodeado de policías con el capitán Craig al frente. Además, dentro de esa bolsa de deportes, hay algo que le gustará ver, sin duda alguna...

Con repentina alarma, la viuda Sondergaard corrió a la bolsa, la abrió

pegando un violento tirón a la cremallera...

Lanzó un grito ronco, exasperado. Kent pudo ver desde su posición lo que aparecía encima de la bolsa: una grabadora magnetofónica, con su cinta en marcha, conectada a un pequeño emisor de radio adjunto...

—¡Nos están escuchando! —clamó Dona, lívida de ira.

—Así es. Lo han oído todo, señora —afirmó Edna—. Puede matarnos, sin duda. Pero eso no va a librarla de la silla eléctrica. Es más, no hará sino reforzar las acusaciones que terminen con su plan criminal...

Por si esas palabras de la inteligente y sagaz muchacha fueran poco, la puerta del escondrijo se abrió de golpe, y aparecieron varios hombres armados, con el capitán Craig a la cabeza. Sorprendentemente, entre ellos, un hombre muy pálido y tembloroso, aparecía esposado, hundido, con mirada perruna fija en la hermosa Dona. Kent Jeffords lanzó una imprecación al reconocer al detenido:

—¡Es él! ¡Random Lee, el hombre a quien creí haber matado en la casa en obras de Queens! —gritó, señalándole.

—Lo sé, Jeffords, lo sé —asintió el capitán Craig con un enérgico movimiento de cabeza—. Está lleno de vida, como ve. Usted, señora Sondergaard, tire ese arma si no quiere que le volemos la cabeza de un tiro. Su juego se ha terminado, gracias a esa jovencita tan valerosa, Edna Keller, que nos condujo a todos por el buen camino. Un camino que, para ser sincero, nunca imaginé que fuese el que realmente ha sido...

—De modo que... que ahora creen en mi inocencia... —gimió Kent, mientras Dona dejaba caer su arma y era rápidamente esposada, con una mirada de odio fija en Edna—.

Y no sólo eso, sino que mi único crimen... no fue tal.

—Claro que no. Usted nunca mató a Random Lee. Era una jugarreta para hacerle creer un asesino. Lee era el cómplice y ejecutor de los asuntos de la señora Sondergaard. El disparó desde el cuarto de aseo, con una pistola con silenciador, contra la espalda de Osmond Sondergaard, cuando éste, a petición de la propia esposa, acudió a sorprenderles a usted y ella en aquel apartamento, con un arma de cartuchos de fogeo para amedrentarle. En realidad, Sondergaard creía que todo era una broma de ella para obligarle a usted a ceder a exigencias homosexuales de Sondergaard, cuyo primer amante, el chantajista McKenna, había sido asesinado por la señora Sondergaard

porque conocía otros secretos peligrosos de la misma dama, no por sorprenderles a ustedes simplemente. Ella preveía ya eso e iba bien preparada para matar a McKenna, avisada por Random Lee, que era su hombre de confianza.

—De modo que por eso utilizó Sondergaard un arma inofensiva...

—Sí. Pensaba que era una farsa montada por su mujer para facilitarle un hombre asustado, que cedería a las presiones y exigencias de un homosexual para salvar su pellejo y ayudar a su dama en apuros. El tipo que fue esposo de esta asesina, se prestó gustoso a tal clase de juego, ignorando que lo que se preparaba era su propia muerte, con Random Lee apostado en el cuarto de aseo con un arma a punto...

—¿Y Brian Cabot, que intentó arrojarme por la ventana...? — indagó Jeffords.

—Es fácil imaginarlo —sonrió el capitán Craig—, Usted ya no le era útil a la señora Jeffords. Firmada la confesión por usted mismo, hipnotizó a Cabot ordenándole matar a Kent Jeffords. Cabot abrió el ventanal y trató de empujarle. Usted tuvo mucha suerte al apartarse justo a tiempo, la verdad. Eso alteró sus planes, y entonces le denunció. Por eso le sorprendimos en su despacho, con la falsa confesión en la mano. Pero tras su evasión, esta jovencita, la señorita Keller, empezó a persuadirme con una serie de pesquisas que ella iba haciendo, y que terminaron por conducirnos al «Gran Orlock», que nos explicó las facultades hipnóticas de la señora. Luego montamos una vigilancia

adecuada, ideamos este plan de acuerdo con la señorita Keller... y la cosa resultó, como ha visto.

—¿Y el asesinato de Maggie Edwards? —quiso saber Jeffords.

—Fue cosa del propio Lee, su amante. Tenía que deshacerse de ella, porque no la necesitaba, tras hacer su papel de presunta testigo de un falso crimen. Y así lo hizo sin pérdida de tiempo... porque el pago de Dona Sondergaard a sus leales servicios no sólo consistía en dinero, sino en sus favores personales. Después de todo, Random Lee fue siempre un tipo lascivo y perverso.

—Lo sé muy bien —suspiró Edna tristemente—. El me quería presionar porque sabía que yo había tenido siendo muy joven un problema amoroso y que aborté entonces, aunque obligada por ciertas personas, contra mi voluntad... Eso me hubiera significado el despido de la empresa, y se aprovechaba de ello...

—Ahora está libre de problemas, señorita Keller —sonrió el policía—. Gracias por su cooperación. Pero quien de verdad debe darle las gracias ahora es Kent Jeffords, que le debe, sin duda, la libertad y la propia vida...

Salieron todos de allí. Kent y Edna se quedaron solos. Ella se apartó suavemente de él, iniciando la marcha hacia la puerta.

—Espera —la detuvo Jeffords—. ¿Adónde vas ahora?

—Afuera. Ya no me necesitas, Kent.

—Edna, tú dijiste antes... que me amabas.

—Es cierto —sonrió tristemente—, Pero tú a mí no.

—¿Cómo sabes eso?

—Bueno, es fácil imaginarlo. Ahora sabes incluso que mi pasado no es limpio, que tuve un desliz, un grave error... y cometí algo muy vil para una mujer...

—Sólo sé que fuiste, como tantos otros, víctimas de la gran ciudad y de los demás. Yo mismo lo he sido. Y estuve a punto de serlo más, de no mediar tu ayuda, tu inteligencia, tu imaginación maravillosa, muchacha... Sólo puedo decirte una cosa, criatura, cariño...

—Cariño... —susurró ella—. ¿Me has llamado... *cariño*?

—Sí, Edna —se acercó a ella, la rodeó de nuevo con su brazo, la atrajo hacia sí—.

Cometí muchos errores. Dona Sondergaard fue el mayor de todos. Edna... ¿qué hay de ese chico novio tuyo, Murray Landers?

—¿Murray? Ni siquiera es novio mío.

—Yo creí...

—Pensé en él, cuando vi que tú eras inaccesible para mí...

—confesó ella —. Pero yo cometí el error de confesarle mi pasado... y él me abandonó de inmediato.

—Entonces no te merecía, Edna —sonrió Kent, envolviéndola en sus brazos, atrayéndola hacia sí —. No te merecía en absoluto...

La besó. Ella le miró, asombrada.

—Kent... No puedes sentir por mí... algo así como... lo que yo siento —susurró.

—Me temo que sea muy parecido —rió Kent, besándola de nuevo—. Edna, ¿quieres casarte conmigo?

—Kent,.. ¿Seguro que piensas lo que dices?

—Si no posees poder hipnótico como ella... supongo que sí.

—Oh, Kent... sería maravilloso... Kent...

Y ahora fue ella quien le besó.

FIN DEL DIARIO DE KENT JEFFORDS

Es la última página de mi Diario.

Ahora sé que no hay sangre en él, aunque pudo haberla. Pero no deseo cerrar este libro sin añadir una última frase, la que cierre este Diario mío...

Sólo se me ocurre una frase para ello en estos momentos.

Soy feliz. Muy feliz. Y espero serlo más, durante mucho tiempo, gracias a Edna.

Ahora, sí. Ahora sí puedo escribir en mi Diario la palabra...

F I N

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**